



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**HERMENÉUTICA DE LA RECONSTRUCCIÓN  
ANÁLISIS A LA FUNDAMENTACIÓN TEMPORAL DE LA HISTORIA**

**TESIS**  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
**MAESTRO EN FILOSOFÍA**

PRESENTA:  
**RAÚL ANTONIO BUENDÍA CHAVARRÍA**

TUTOR:  
**DR. MAURICIO HARDIE BEUCHOT PUENTE**  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**CIUDAD DE MÉXICO, SEPTIEMBRE 2016**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Esas cosas pudieron no haber sido.  
Casi no fueron. Las imaginamos  
En un fatal ayer inevitable.[...]  
El ilusorio ayer es un recinto  
De figuras inmóviles de cera  
O de reminiscencias literarias  
Que el tiempo irá perdiendo en sus espejos.*

**Jorge Luis Borges**

*Un sentimiento, que fue creciendo intensamente en mí  
y que muy rara vez logré expresar,  
fue la sensación del pasado y presente en uno solo:  
una vivencia que trajo algo fantasmal al presente.*

**Johann Wolfgang von Goethe**

*El carácter presente del pasado es algo  
que pertenece a la esencia misma del espíritu.*

**Hans-Georg Gadamer**

A Leticia, Edith, Aretusa y Antonio  
porque ni el tiempo ni el espacio  
desgarrarán el vínculo que fluye  
confluye y permanece entre nosotros.

A la historia que comenzó en Guanajuato,  
continuó en la Ciudad de México,  
se fue a Madrid, visitó Salamanca,  
casi converge en París, se quedó en Andalucía  
y aún no termina.

A la imagen del hechizo que más sueño,  
y las presencias tan ausentes  
que me constituyen.

## ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS.....</b>	<b>5</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>6</b>
<i>La pérdida del pasado.....</i>	<i>7</i>
<i>El pasado no es la historia.....</i>	<i>15</i>
<b>CAPÍTULO I. EL CICLO DEL TIEMPO CUMPLIDO.....</b>	<b>19</b>
<i>Nota previa</i>	
<i>La historia como soteriología.....</i>	<i>22</i>
<i>Tiempo último (ἔσχατος χρόνος).....</i>	<i>25</i>
<i>Primera consideración: La emancipación del pasado.....</i>	<i>31</i>
<b>CAPÍTULO II. ÍNTERIN.....</b>	<b>35</b>
<i>Nota previa</i>	
<i>Ruptura y continuidad.....</i>	<i>37</i>
<i>Segunda consideración: La historia de los tiempos futuros.....</i>	<i>46</i>
<b>CAPITULO III. LA OSCILACIÓN DEL TIEMPO IRREVERSIBLE.....</b>	<b>50</b>
<i>Nota previa</i>	
<i>La Historia: testigo del tiempo.....</i>	<i>53</i>
<i>Tiempo nuevo.....</i>	<i>57</i>
<i>Tercera consideración: El presente sólo un futuro pasado.....</i>	<i>61</i>
<b>CONCLUSIÓN.....</b>	<b>67</b>
<i>[...] el fin, inmanente a todo acontecer</i>	
<b>ANEXO.....</b>	<b>80</b>
<i>Tiempo cumplido pero no completado</i>	
<i>Figuras</i>	
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>90</b>

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se concibió mayormente en el exilio y se concretó en su lugar de origen: la Ciudad de México. Después de un periplo invernal de casi 10 meses, agradezco la amable recepción y disponibilidad para el diálogo de María José Rossi, José Luis Jerez y Miriam Nazario; sin su presencia en la ciudad de Buenos Aires, quizá esta historia sería totalmente diferente. Asimismo, enaltezco el cálido espíritu de Cassia Yebra y la inspiración de Sixto Castro, ambos únicos y diferentes para contrarrestar el frío de la opulenta Valladolid.

Reconozco encarecidamente la retroalimentación y el apoyo incondicional, a través de la distancia temporal y espacial, de Mauricio Beuchot, María Rosa Palazón, Manuel Lavaniegos, Julieta Lizaola, Diana Alcalá y Blanca Solares. Todos participes directa o indirectamente del inicio, desarrollo y conclusión de esta investigación, ni el devastador transcurrir del tiempo me arrebatará los múltiples consejos, recomendaciones y enseñanzas tanto dentro como fuera del aula.

Finalmente, qué sería de una vida vivida sin amigos... A mi parecer, nada o casi nada; por ello, agradezco sincera y cordialmente a Luis Salazar, Jesús Martínez Malo, Víctor Arratia, Itzel Casillas, Jaime Ruíz, Israel Chávez, Eugenia López, Benjamín Valdez, Xochitl Martínez, Viridiana Goytia, Laura Miranda, Icnitl Contreras, Nancy Roque, Erik Pulido, Issa Corona, Rosa Reyes, Gabriel Rosales, David Ornelas, Sergio Reza y a todos los fantasmas que se desplegaron y esfumaron en la incursión de este camino. Honestamente, sin la intersección de todos, el pasado sería otro y mi realidad se hubiera fragmentado aún más.

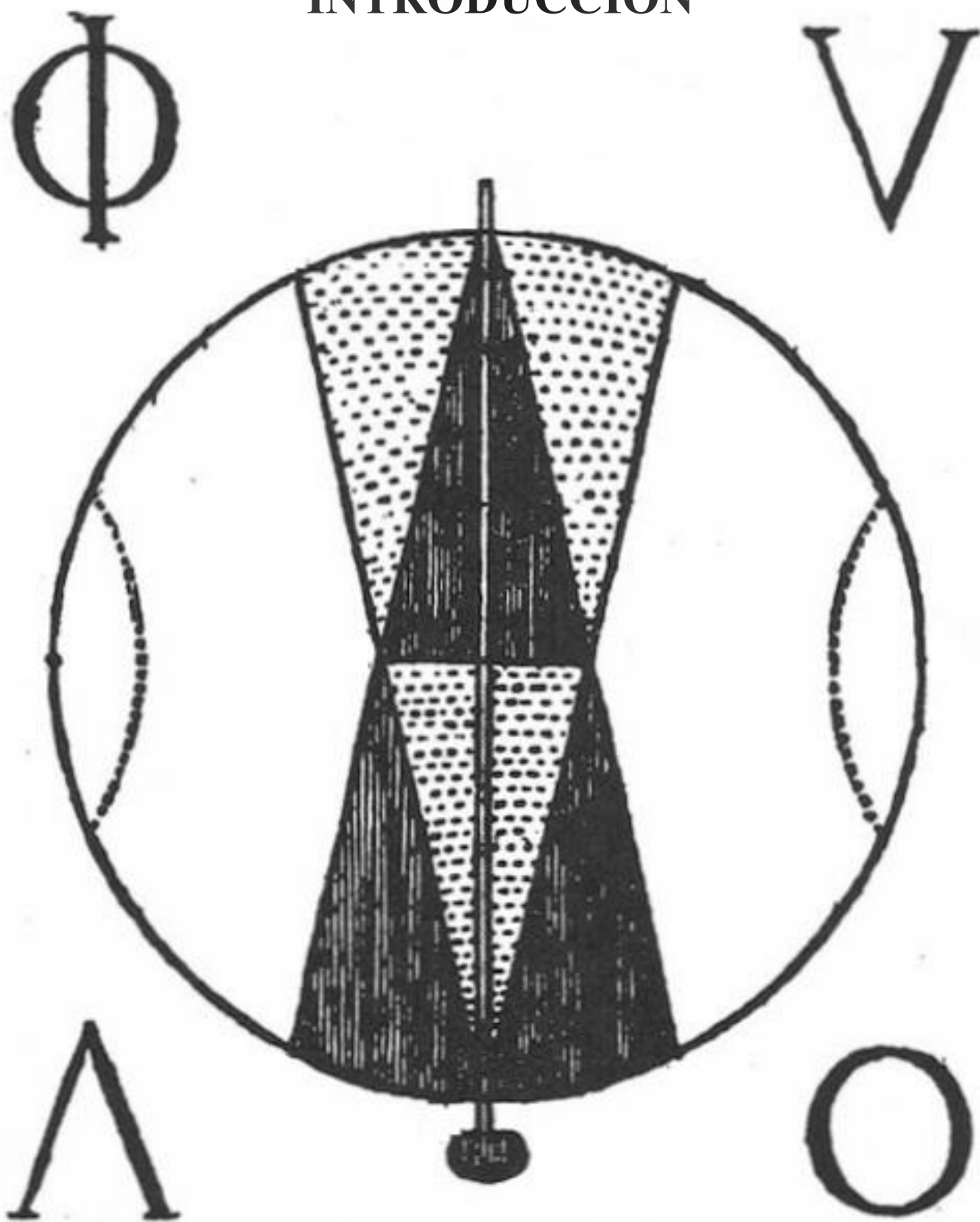
A todos, muy estimados y honorables amigos, colegas, compañeros y colaboradores, les agradezco, inconmensurablemente, su confluencia en este camino hacia la hermenéutica de la reconstrucción. El tiempo mismo no me alcanzaría para expresar lo necesario que fue, es y será cada uno en mi vida; hoy, mañana y siempre.

**Agradezco el soporte y beneficio recibido a través del Programa de Apoyo a los Estudios de Posgrado (PAEP), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).**

**Investigación realizada con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).**

Agradezco la beca recibida de agosto 2014 a julio 2016.

## INTRODUCCIÓN



## INTRODUCCIÓN

La perpetua e inevitable inclinación del ser humano para reconstruir una realidad abolida y extinta se refleja en la historia y en la infinita labor de la investigación histórica. Tanto la vertiente epistémica-cientificista como la vertiente narrativista se enfocan, desde distintas teorías y métodos, a producir consideraciones cada vez más realistas de ese lejano tiempo pasado. En particular, y a partir del giro lingüístico, los relatos históricos configurados como narración se han erguido como la forma predilecta de síntesis e integración del pasado. Sin embargo, entre la configuración de la narración y la distancia temporal del acontecimiento surge un nivel intermedio: el de la memoria y el olvido. De esta forma, entre el desgarrar por el tiempo y la escritura de la Historia se revela el sometimiento a las ideologías que imponen olvido y las conmemoraciones forzadas que imponen el recuerdo.

Conforme estos antecedentes y desde un enfoque hermenéutico es necesario realizar un análisis a los fundamentos temporales que originan los sentidos de la historia. A partir, específicamente, de distinguir las nociones sobre *el acontecimiento* y *el hecho histórico*, que se han formulado a través de los tiempos, se atisbará: en qué medida los presupuestos teórico-filosóficos que se han desarrollado para la reconstrucción y comprensión de la historia nos han aproximado o distanciado de la experiencia de esa realidad y de ese tiempo extinto. Como principio, objetivo y fin que insufla, motiva y otorga relevancia a esta investigación resulta necesario sostener una pregunta: ¿Por qué “cuando nos paramos frente al espejo del pasado: nos vemos a nosotros mismos y vemos a un extraño”<sup>1</sup>?

## LA PÉRDIDA DEL PASADO

Se narra que, en un tiempo y espacio mítico, existió un hombre con la capacidad de percibir el equilibrio y la concorde disposición del Cosmos (κόσμος), era hijo de la musa Calíope (Καλλιόπη) y Eagro, rey de Tracia; aunque según otras fuentes, su padre era el dios olímpico

---

<sup>1</sup> Frank Ankersmit, *Historia y tropología, Ascenso y caída de la metáfora*, trad. Ricardo Martín Rubio Ruiz, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 516), p. 68.



Apolo (Ἀπόλλων), su nombre era: Orfeo (Ὀρφεύς) y poseía la capacidad de transmitir la armonía de los acordes del universo por medio de la música.

Desde temprana edad, el dios Apolo y su madre, la musa de la poesía épica y la elocuencia, instruyeron a Orfeo tanto en el canto como en el de tañer la lira y la cítara. De esta forma, logró sobresalir en el arte de los sonidos que, bajo el vocablo griego de *Mousiké*, se describe como: “la técnica combinatoria de los sonidos que permite construir un espacio acorde con las necesidades espirituales y corporales del hombre. [...] representaba, por lo tanto, *no sólo una melodía*, sino una idea de síntesis o de conjunción de los elementos reunidos en el ser humano.” Y consecuentemente, “expresaba la alegoría de un mundo proporcionado”<sup>2</sup>.

El canto de Orfeo era tan magnífico que lograba, se dice, encantar a seres animados e inanimados; incluso persuadía tanto a mortales como inmortales. Una evidencia de ello, se muestra en las *Argonáuticas órficas*, justo en el primer paraje, cuando la nave Argo se detiene en la isla del centauro Quirón; Orfeo escribe:

Y mi canto recorría la estrecha cueva, pues mi lira dejaba oír un son dulce como la miel. Pasó revoloteando a las altas cimas y a los boscosos valles del Pelión y la voz llegó a las elevadas encinas. Y éstas se arrancaban de raíz y corrían hacia la cueva, y las rocas resonaban. Y las fieras, al oír el canto, salían huyendo y se detenían ante la cueva; los pájaros formaban círculos en torno a los establos del centauro, con sus alas cansadas, y se olvidaban de su nido. A la vista de ello, el centauro se asombró, y daba gruesas palmadas y con sus pezuñas golpeaba el suelo.<sup>3</sup>

La relevancia de nombrar las relaciones familiares y aludir al don de Orfeo radica en contemplar la búsqueda de armonía y proporción espiritual y corporal que el ser humano anhela desde antaño, incluyendo la manera en que se relaciona con su pasado, por ello, necesariamente, hay que considerar los tiempos arcaicos precedentes a la *Teogonía* de Hesíodo, pues, el mito órfico se origina mucho antes de la instauración del canónico panteón olímpico; incluso existen estudios que apuntan su origen en el lejano oriente.

Los primeros testimonios materiales que refieren a los misterios órficos, y por lo tanto a Orfeo, están datados entre el siglo IV y VII antes de nuestra era, de los cuales,

<sup>2</sup> Ramón Andrés, *El mundo en el oído. El nacimiento de la música en la cultura*, Barcelona: Acantilado, 2008, p. 284.

<sup>3</sup> Porfirio, “Argonáuticas órficas” en *Vida de Pitágoras, Argonáuticas órficas, Himnos órficos*, intro., trad. y notas de Miguel Perriago Lorente, España: Gredos, 1987, (Biblioteca Clásica Gredos, 104), p. 102.

desafortunadamente, sólo se conservan pequeños fragmentos que han develado “a cuenta gotas” estos oscuros misterios. No obstante, en la actualidad, existen dos *corpus* que manifiestan los elementos fundamentales del orfismo: las *Argonáuticas órficas* y los *Himnos órficos*, fechados entre el siglo II y IV de nuestra era, ambos a pesar de distanciarse temporalmente de las primeras evidencias, conservan y representan las hazañas ejemplares de Orfeo y los principios religiosos de la doctrina órfica.

Al principio de cada texto, correspondientemente, se encuentra un proemio-invocación en donde se incluyen varios dioses antiguos y algunas divinidades del inframundo, lo que crea un marco de referencia a las figuras sagradas de la cosmogonía arcaica precedente a la enunciada por Hesíodo, a saber:

En un principio a la fatal Necesidad del antiguo Caos y a Crono, que engendró en sus enormes surcos al Éter y al Amor, de dual naturaleza, visible por doquier e ilustre, famoso padre de la Noche eterna, a quien, como es sabido, los mortales más recientes llaman Fanetes, porque fue el primero que apareció; y la raza de la poderosa Brimo (Otro nombre de Hécate o Deméter) y las obras destructoras de los Hijos de la Tierra (Los Gigantes), que, desde lo alto del cielo, destilaron la semilla funesta de la generación, de donde surgió el primitivo linaje de los mortales, que sin cesar se encuentran sobre la tierra infinita; [...] Pero no es posible eludir lo que está determinado por el destino; estoy apremiado por las decisiones de las Parcas.<sup>4</sup>

Asimismo, en otro pasaje se encuentra, inicialmente, una invocación a las Musas (μοῦσαι) y, posteriormente, se nombran a las divinidades primigenias:

También reclamo a la amable Mnemósine, a las nueve Musas sagradas, a las Gracias, a las Horas, al Año, [...] Invoco, igualmente, a la Noche anciana y al Día que trae la luz, a la Confianza, a la Justicia y a la irreprochable Otorgadora de leyes (Temis), a Rea, a Crono, a Tetis de azulado peplo, y también al gran Océano, juntamente con sus hijas; al grande y extraordinario Atlante y a Eón, al perenne Crono y a la resplandeciente agua de la Estigia; [...] a todos los Vientos, a los Truenos y a las regiones del Universo sostenido por cuatro columnas, apostrofo. A la Madre de los Inmortales invoco, a Atis y a Men (*Atis* es el sacerdote de la diosa Madre Gea o Cibele. *Men* es una oscura divinidad solar de origen frigio), a la diosa Urania, al inmortal y sagrado Adonis, al Principio y al Fin (pues es lo más importante para cada cosa), para que todos ellos vengan propicios, con el corazón alegre, a esta sagrada ceremonia y a la solemne libación.<sup>5</sup>

De esta forma, la figura de Orfeo inserta, subraya y edifica un orden cósmico regido, superiormente, por divinidades inexorables como el Destino: conformado por el Tiempo,

<sup>4</sup> “Argonáuticas órficas”, en *op.cit.*, p. 82 ss.

<sup>5</sup> “Himnos órficos”, en *op. cit.*, p. 166 ss.

considerado como Eternidad y personificado por el dios *Chronos* (χρόνος)<sup>6</sup>, y la Necesidad, encarnada por la diosa *Ananké* (Ἀνάγκη). Igualmente, aparecen divinidades benévolas como el Momento justo o Tiempo oportuno (καιρός) y la Fortuna (Τύχη); además de divinidades sombrías como las *Moiras* (Μοῖραι), la Noche (Νύξ), la Oscuridad (Ἔρεβος) y el Caos (Χάος). Este Universo contiene el presupuesto de una naturaleza humana mancillada por su origen titánico y, a la vez, está construido bajo los términos orgánicos de armonía, concordia y equilibrio, a los cuales, el ser humano puede acceder sólo a través del conocimiento y la consecuente purificación del alma.

Este marco conceptual fundamentó un sistema de creencias centrado en el descenso realizado por Orfeo al inframundo, del cual se desprenden elementos capitales como la transmigración del alma, la redención, la purificación y en hallar en las palabras sagradas las claves últimas del conocimiento. Los rituales de esta doctrina eran animados y musicalizados por el son del aulós, donde se cantaba y recitaba durante los sacrificios y libaciones; las ofrendas, entre otros elementos, se realizaban con diversas semillas, mirra, incienso, leche y miel. Finalmente, para participar en el culto era necesaria una iniciación en los misterios, ésta incluía una instrucción en los cantos dirigidos tanto a los dioses arcaicos y olímpicos como a los astros celestes<sup>7</sup>.

Los principales elementos de los cultos místéricos, entorno a Orfeo, se mantuvieron vigentes debido a su fuerza simbólica. Subrepticamente, lograron sobrevivir al fortalecimiento y popularidad de la antigua religión griega, ante el surgimiento y la caída del Imperio Romano e incluso, se ha evidenciado su presencia, durante el cristianismo primitivo. Lo anterior, sin mencionar las evidentes y constantes manifestaciones que ha tenido, desde sus primeros testimonios hasta la actualidad, ahora, ya no tanto en el ámbito religioso, sino en el de las bellas artes.

Esta persistencia, a causa del “enjambre de símbolos” inmersos y disgregados tanto en la trama de los relatos como en las imágenes plasmadas materialmente, se debe, justamente, a la fuerza simbólica que despliega la figura de Orfeo; para comprender dicha

---

<sup>6</sup> Aquí, vale la pena diferenciar a *Chronos* (χρόνος) de *Cronos* (Κρόνος): el primero refiere al término para designar el Tiempo, usualmente, asociado con *Eón*; y el segundo refiere al rey de los *Titanes*, dios del Tiempo “humano” y padre de *Zeus*.

<sup>7</sup> Cf. R. Andrés, *El mundo en el oído*, p. 350 ss.

fuerza, hay que matizar por medio de distinguir clara y distintamente, en primera instancia, el término símbolo (σύμβολον) y, en segunda, el de mito (μῦθος)<sup>8</sup>.

En palabras de Athanasius Kircher, “un símbolo es una anotación que significa un misterio arcano y lleva a nuestra alma por una cierta semejanza a la inteligencia de algo muy diferente de las cosas percibidas por los sentidos”<sup>9</sup>; es decir, tiene la capacidad, por medio de la representación de esa realidad lejana, oscura y extinta, de *presentar* una *ausencia*, pues, opera como “el medio a través del cual el sentido puede manifestarse y realizarse”<sup>10</sup>.

De una forma similar el *mythos*, constituido por un cúmulo de símbolos configurados narrativamente y como el relato de un drama, adquiere una potencia respecto a la dimensión simbólica, pues, desde la vertiente de la Hermenéutica y los Estudios de lo imaginario, ya no es considerado como un relato artificioso o ilusorio vacío de contenido, sino que, su núcleo significativo se reorienta a partir de un profundo análisis y crítica, a saber: con la delimitación del mismo, la localización y la extracción de sus huellas e indicios, además de considerar su dinamismo, sus cambios y sus procesos de mutación. Siendo así, el *mythos* se convierte en un “*modelo* matricial de toda narración, estructurado con base en esquemas y arquetipos fundamentales de la *psiqué*”<sup>11</sup>.

La catábasis de Orfeo al inframundo representa franquear los propios límites, el desafío al dictamen del Destino y la experiencia de la pérdida; asimismo, la música enmarca el viaje como consolación y “llave maestra”. En última instancia, el olvido y la ruptura de la armonía, el equilibrio y la consonancia del Cosmos ocurre en uno mismo.

Como en la mayoría de los viajes épicos, desde el punto de vista tipológico, el descenso al inframundo tiene una finalidad: conocerse a sí mismo y resurgir victorioso a través de la superación de obstáculos o pruebas, pero Orfeo, particularmente, perseguía un

---

<sup>8</sup> Entiendo que ambos términos tienen diferentes historias y han adquirido distintas caracterizaciones a través del tiempo y los espacios, por ello, sólo mencionaré aquellas definiciones que permitan y guíen la comprensión durante este escrito.

<sup>9</sup> Cf. Athanasius Kircher, *Oedipus Aegyptiacus*, T. II, Cap. I, (Versión facsimilar).

<sup>10</sup> Blanca Solares, *Gilbert Durand, imagen y símbolo o hacia un nuevo espíritu antropológico*, Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Vol. LVI, núm. 211, enero-abril, 2011, p. 17.

<sup>11</sup> Gilbert Durand, *La mitocrítica paso a paso*, trad. Blanca Solares, Acta Sociológica no. 57, Lo imaginario. Centro de estudios sociológicos de la FCPyS. UNAM, enero-abril, 2012, p. 106.

objetivo claro, “buscaba entre la oscuridad y las galerías lóbregas una memoria [...] Quería rescatar a Eurídice”<sup>12</sup> (Ευρυδίκη).

Orfeo se apoyó en el don de la música para sortear los peligros de su viaje, en primera instancia, logró apaciguar a Cérbero (Κέρβερος), el protector de la entrada, y consiguió la ayuda del barquero Caronte (Χάρων) para cruzar uno de los cinco ríos del inframundo; siendo así, finalmente, arribó al Tártaro, el abismo más profundo donde aguardan los peores tormentos y las condenas de repetición, para presentarse ante Perséfone (Περσεφόνη) y Hades (Άδης), gobernador de las sombras, y pulsando su lira en acompañamiento de su canto, les exhortó así:

Oh divinidades del mundo situado bajo tierra, al que venimos a caer cuanto somos engendrados mortales, si es lícito y vosotros permitís que yo diga la verdad omitiendo los rodeos propios de una boca mentirosa, no he descendido aquí para ver el oscuro Tártaro, [...] el motivo de mi viaje es mi esposa, en la que una víbora, al ser pisada, introdujo su veneno, y le arrebató sus años en crecimiento. Yo quise ser capaz de soportarlo, y no negaré que lo he intentado; el Amor ha vencido. [...] Por estos lugares llenos de espanto, por este inmenso Caos y por el silencio del vasto territorio yo os pido: volved a tejer el prematuro destino de Eurídice. [...] os pido su disfrute como un obsequio; y si los hados niegan esta concesión para mi esposa, yo tengo tomada mi firme resolución de no volver: gozad con la muerte de los dos.<sup>13</sup>

Durante la vibración de su canto y su lira, el abismo entero se consonó y los eternos castigos obtuvieron un ligero descanso: la rueda de Ixión (Ίξίων) se paralizó, Sísifo (Σίσυφος) se sentó y dejó de rodar su roca, los buitres dejaron de devorar el hígado de Titio (Τιτυός) y Tántalo (Τάνταλος) no trató de saciar su hambre o su sed. La ejecución sonora fue tan maravillosa que logró derramar las lágrimas de las Euménides (Εύμενίδες) y capturar la compasión de los soberanos del inframundo. De esta forma, accedieron a la súplica y le entregaron a Eurídice, “al mismo tiempo que la condición de no volver atrás los ojos hasta que hubiera salido de los valles del Averno; en otro caso quedaría anulada la gracia”<sup>14</sup>.

Primeramente, es notable que la petición de prolongar el hilo de vida de Eurídice, implica un desafío al mismo Destino, pues el Cosmos entero se encuentra bajo el régimen de esa ley (νόμος) universal, ni los mortales ni los inmortales pueden escapar a su necesario

<sup>12</sup> R. Andrés, *El Mundo en el oído*, p. 325.

<sup>13</sup> Ovidio, *Metamorfosis*, trad. Antonio Ruíz de Elvira, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vol. II, Libro X, 2016, 17-40.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 50.

designio y cumplimiento. No obstante, la solicitud es aceptada a causa del encanto producido por la música de Orfeo.

Considerada como “llave maestra”, la música no es un hechizo o un sortilegio, sino que, esencialmente, posee la capacidad de armonizar e integrar; reúne y equilibra los elementos en una consonancia. Misma que no sólo apela al ser humano, sino que envuelve al Cosmos por completo.

Algunas civilizaciones antiguas, como los caldeos o los egipcios, contemplaban el cielo como una *armonía constelada*, en cuyo devenir está el orden como hecho primordial. En el imaginario griego, esto no fue muy diferente, pues, la armonía universal de las esferas y los astros errantes conformaban una sinfonía a partir de las voces de las Musas, cada una ubicada en un intervalo entre los astros, y todas atadas por su madre Mnemósine (Μνημοσύνη), es decir, la memoria. De esta forma, al escuchar la consonancia celeste, se contemplaba el pasado, los orígenes, y se comprendía la armonía universal<sup>15</sup>. Es por ello, que el antiguo estudio celeste no era una actividad gratuita, ociosa o un placer desinteresado, sino que, en un significado profundo, pretendía “*encontrar una orientación del hombre en el Cosmos, de saberse colocar en una superficie terrena que lo ligara a su pasado, es decir, a su esencia.*”<sup>16</sup>

Bajo estas consideraciones y como portador de la “llave maestra”, Orfeo logra su objetivo; sin embargo, al final, cerca de los límites del inframundo, la duda, el temor y la ansiedad lo inundan, ocasionando que gire su mirada y que, nuevamente, Eurídice caiga al abismo. Así, con la segunda muerte de su esposa, Orfeo queda petrificado y desaliñado, siendo la angustia, las lágrimas y la pena de su alma su único alimento.

Sin sospecharlo, Orfeo quebranta sus límites mortales pero, irónicamente, son estas pasiones humanas las que terminan apoderándose de él, causándole el terrible dolor de la pérdida, quedando desconsolado y esperando nada más que la muerte.

Finalmente, los elementos cosmológicos del mito, muestran una parte fundamental del ser humano: el anhelo de una armonía, ya sea personal o universal, y que él mismo, participa de alguna forma de ésta; a la par, la figura de Orfeo puede atisbarse como un

---

<sup>15</sup> Cf. R. Andrés, *El Mundo en el oído*, p. 383.

<sup>16</sup> Cf. *Ibid.*, 381.

universal concreto, pues, el impulso de trasgredir los propios límites y la experiencia de la pérdida son fenómenos que engloban a toda la humanidad. Así se pierda un ser amado, una historia, un recuerdo o un calcetín se advertirá, casi, el mismo desconsuelo. No puede haber jamás canto más triste que iguale el gran dolor de la desgracia de Orfeo, pues, sus eternas lágrimas siempre lloran la inmortal angustia que nos embarga a todos<sup>17</sup>.

La mentalidad griega de exaltar mitos arcaicos, antepasados honorables y triunfos de antaño tenía la función de otorgar modelos ejemplares y recuerdos de tiempos mejores durante las épocas de decadencia. En particular, en el aspecto religioso, los órficos encumbraron la hazaña de Orfeo y simbolizaron su figura más allá de su don musical, hasta elevarlo como un signo de armonía y equilibrio.

El impulso griego de no olvidar y no perder la memoria, en un principio, comienza con dos motivaciones: la primera de orden étnico, es decir, la historia se escribe para ensalzar y definir la civilización griega con el objetivo de diferenciarla de los pueblos bárbaros; la segunda motivación tiene un matiz político, pues nace del interés de los miembros del ejército, los nobles y los sacerdotes para que su nombre, acciones y gestas permanezcan en la memoria del pueblo. De alguna forma, ser descendiente de nobles o personas ilustres garantizaban fama, honor o persistencia en el poder.

No obstante, el anhelo por preservar el pasado no siempre está a cargo de una ideología política o una disciplina académica. A grandes rasgos, se puede indicar que la historia, tal y como se concibe actualmente, es un producto o un artificio totalmente europeo y occidental; basta girar la mirada hacia otros puntos espacio-temporales para comprobar que existen diferencias considerables. Por ejemplo, la historia de África, China, India e incluso si se atisba la noción de historia en las culturas naturales de América, antes del encuentro con Europa, es posible reconocer que el pasado tiene un significado más amplio a: *lo que realmente ocurrió*. No se ciñe sólo a los acontecimientos, sino que refiere a un aspecto incardinado del ser humano: su experiencia temporal.

---

<sup>17</sup> Paráfrasis de Angelo Poliziano, *Orfeo*, 322-329. Apud. R. Andrés, *El mundo en el oído*, p. 332.  
 ¿Qué canto puede haber jamás tan triste,  
 que iguale al gran dolor de mi desgracia?  
 ¿Cómo podrán mis lágrimas ser tales,  
 que lloren siempre mi inmortal angustia?

## EL PASADO NO ES LA HISTORIA

Alrededor de nosotros, dentro de nosotros y frente a nosotros se encuentra una tempestad: un borrascoso mar invisible que esparce huellas en su litoral, a la par, las disipa y evanesce atrayéndolas nuevamente hacia él. Una ola de otros tiempos nos inunda con recuerdos, a veces nos ahoga, otrora sólo nos impregna un instante.

La realidad se fragmenta en el tiempo que fue, el que es y el que será. Respecto al futuro podemos prever, no predecir, sino sólo proyectar; el presente se escapa como arena entre las manos, cada palabra que intenta asirlo se transforma de inmediato en eco; y el pasado es una realidad extinta, un “tiempo abolido y preservado en sus huellas”<sup>18</sup>. La presencia del pasado, esta ausencia del tiempo presente, evidentemente, se ostenta como “el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto”<sup>19</sup> y se muestra como una paradoja semántica y una contradicción lógica. Sin embargo, nadie puede afirmar que el tiempo pasado, no ha sido.

Afortunadamente, ante este panorama, la Historia se ha encomendado a integrar esa realidad desvanecida y se ha propuesto alcanzar un tiempo inalcanzable. Al igual que en el mito de Orfeo y Eurídice: la Historia ha descendido a los Averno en búsqueda de una memoria, “quiso ser capaz de soportar la pérdida y la ausencia, y no negará que lo ha intentado”<sup>20</sup>. De esta forma, la Historia ha cogido el pasado de la mano, junto con “la condición de no volver atrás los ojos”, hasta que salga de las lóbregas galeras del tiempo.

Sentimos, vivimos, imaginamos, experimentamos e interpretamos la realidad sin percatarnos que estamos conformando historias y configurando la Historia. El ser humano, por medio de sus receptores sensoriales y sus capacidades intelectuales, experimenta el mundo y posteriormente conforma una interpretación de la realidad<sup>21</sup>; la crono-recepción le

---

<sup>18</sup> Paul Ricœur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2009, p. 779.

<sup>19</sup> Frase célebre de Paul Valéry citada en: Marc Bloch, *Introducción a la historia*, trad. Pablo González Casanova y Max Aub, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 64), p. 16.

<sup>20</sup> Ovidio, *Metamorfosis*, p.

<sup>21</sup> Cf. Mauricio Beuchot y José Luis Jerez, “Prefacio” en *Manifiesto del Nuevo Realismo Analógico*, Argentina: Editorial Círculo Hermenéutico, 2013.



permite orientarse o más bien vincular su devenir en el tiempo. De esta forma, y como lo anticipó Agustín de Hipona, el ser humano tiende a organizar su experiencia en acontecimientos presentes, tan efímeros y fugaces que es imposible nombrarlos mientras ocurren, proyectar algunos eventos a una realidad futura y, finalmente, otros sucesos realizados y consumados en una realidad pasada. Bajo este concepto de Tiempo, la predicción de los efectos de nuestras acciones resulta imposible debido al paroxismo del mismo acontecimiento; si bien, una acción se podría prever, planear y atisbar sus consecuencias, en la mayoría de las ocasiones, sus derivaciones no se contemplan en todas las posibilidades. El acontecimiento es *irrepetible*, está caracterizado por su *singularidad* y, en particular, por su *brevedad*; es algo que sucede, no tiene principio ni fin, sólo acontece.

El quehacer de la Historia se cifra en esta imposibilidad: en los acontecimientos ocurridos en el pasado, no sólo como una realidad extinta y desvanecida en el tiempo, sino también como la contemplación de sus efectos en el presente. Por ello, cualquier reflexión que pretenda comprender y aproximarse al pasado necesita abordar una noción acerca del carácter temporal de la experiencia humana y, en general, del tiempo, incluyendo las aporías propias de estas concepciones.

Es por ello que, en general, la manera en que nos apropiamos de nuestro pasado y de la historia diferirá dependiendo de la perspectiva que adoptemos para ello.

La formulada consciencia histórica “se sabe en una relación reflexiva consigo misma y con la tradición en la que se encuentra. Se comprende a sí misma desde su historia. [...] *es una forma de autoconocimiento*”<sup>22</sup>. Pero esta comprensión no es estática, sino que se mueve junto con la misma tradición; de esta forma, se originan distintas perspectivas tanto por el traslado espacial como temporal.

Siendo así, cuando la consciencia histórica “cree en la *realidad* del pasado y considera que éste, en su modo de ser y hasta cierto punto en su contenido, no es por naturaleza distinto del presente. Reconociendo lo que ha sucedido como *ya cumplido* esa consciencia admite que existió una vez, tuvo su lugar y su fecha, como existen los hechos que se desarrollan ante nuestros ojos... Esto significa particularmente que de ningún modo cabe tratar a lo sucedido

---

<sup>22</sup> Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca: Sígueme, 2007, (Hermeneia, 7), p. 296.

como ficticio o irreal,”<sup>23</sup> al unísono, Robin George Collingwood plantea la siguiente diferenciación en términos lógicos: “el presente es lo real; el pasado es lo necesario; y el futuro es lo posible. Necesidad y posibilidad son los dos elementos abstractos que, unidos, forman la realidad.”<sup>24</sup> Consecuentemente, se afirma que el mundo histórico es uno y único, pues, todos los acontecimientos son sucesivos y necesarios, de lo contrario, no podría existir una continuidad entre el pasado y el presente.

Por otra parte, si se considera que, “el pasado y el presente pertenecen a la esfera de lo *mismo*, se sitúan en la esfera de la alteridad. Si es cierto que los episodios pasados ya se desarrollaron, y que esta dimensión los caracteriza de modo esencial, también es cierto que su «pertenencia al pasado» los diferencia de cualquier otro episodio que podría parecerseles”<sup>25</sup>. Esta percepción sugiere un movimiento de retirada y de alejamiento, pues, la distancia temporal escinde al hombre de su experiencia pasada, retomando las palabras de Gadamer: “es una manera de autocomprenderse. [...] y toda autocomprensión se realiza al comprender algo distinto”<sup>26</sup>. Por ello, es necesaria la distancia y la diferencia entre el ser humano y su pasado, ya que esta inversión hace que se reconozca a sí mismo en lo extraño, en lo otro. Sin embargo, desde este escorzo, parece que a una parte antigua de nosotros se le permitió una existencia autónoma, que se le concedió o “adquirió cierta independencia respecto de nosotros mismos”<sup>27</sup>.

La Historia, como investigación de las cosas acontecidas, ha desarrollado diferentes teorías y métodos para alcanzar uno de los objetivos más ambiciosos del ser humano: reconstruir la realidad abolida y, a la par, conciliar estas perspectivas de distancia y proximidad con el tiempo pasado. En primera instancia, se debe anotar que la realidad pasada, al igual que la realidad presente, es inabarcable y no se puede constreñir a simples esquemas o abstracciones explicativas. Si bien, estas metodologías permiten enfocar clara y distintamente el objeto de estudio y fundamentar los modelos explicativos que otorgan

---

<sup>23</sup> Jaques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, trad. Marta Vasallo, España: Paidós, 2005, (Surcos, 14), p. 187.

<sup>24</sup> Robin George Collingwood, *Idea de la historia*, trad. Edmundo O’ Gorman y Jorge Hernández Campos, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2011, p. 504.

<sup>25</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 187.

<sup>26</sup> H-G. Gadamer, *Verdad y método I*, p. 138.

<sup>27</sup> F. Ankersmit, *Historia y tropología*, p. 67.

veracidad a los hechos, a la vez, han arrastrado a la investigación histórica a los sedimentos, lo estático y la infertilidad de las interpretaciones.

El objetivo de reconstruir el pasado siempre estará nublado por la búsqueda epistémica del conocimiento; es decir, la escritura de la Historia y las metodologías que la acompañan. Esta pretensión de contar el pasado *como realmente ocurrió*, además de las implicaciones religiosas, políticas, sociales, estéticas y filosóficas, refleja “cierto” significado de los acontecimientos y los sentidos de la historia o las historias.



# CAPÍTULO I

## EL CICLO DEL TIEMPO CUMPLIDO

*Inesperadas casualidades se acercan a hurtadillas  
y acontecimientos insólitos entran en escena.  
Llamamos a esto falsamente “destino” o “azar [...].”*

*Karl Löwith*

## CAPÍTULO I EL CICLO DEL TIEMPO CUMPLIDO

### NOTA PREVIA

Cuando se alude la palabra Historia surgen numerables significados, algunos coloquiales y otros más sofisticados, pero con el mismo objetivo: denotar *la ciencia del pasado*. Aunque esta definición parece absurda por considerar posible una “ciencia” que tenga como objeto de estudio el “pasado”; en concreto, los historiadores tienen claras sus metodologías y sus reflexiones teóricas, ya que éstas siempre acompañan su labor de investigación. No obstante, la tenaz e insidiosa Filosofía de la Historia ha incursionado e insertado sus baremos “filosóficos” en la disciplina histórica ocasionando una mayor confusión de sus elementos y términos.

En muchas ocasiones, cualquier reflexión sobre el pasado, sólo porque proviene de un notable historiador o de un incisivo filósofo, adquiere un puesto en el borroso camino de la Filosofía de la Historia. Este es uno de los principales prejuicios para constituir una disciplina consistente, pues si sor Juana Inés de la Cruz hubiera escrito más la palabra: *el pasado* o dedicado algún soneto o redondilla a la percepción del tiempo; sin duda, ella ocuparía uno o varios capítulos en los grandes libros de la Historia de la Filosofía de la Historia.

Otro yerro, muy común, emerge de los conceptos y nociones utilizados para describir, explicar o comprender el pasado; mismos que se pierden en la polisemia y la polivalencia de los autores, las épocas, los enfoques y las naciones.

Justamente, uno de los principales obstáculos de la investigación histórica se cifra en el objetivo de comprender el pasado; pues es evidente que el pasado no existe, que es una realidad extinta. Por lo anterior, no se puede considerar al pasado como un objeto de estudio, pues, no hay forma ni método que lo objective en su totalidad. Los acontecimientos acaecidos en el pasado se nublan y oscurecen en la profundidad del tiempo, del cual, sólo nos quedan sus ruinas:

La historia no es historia sino en la medida en que ella no accede ni al discurso absoluto ni a la singularidad absoluta, en la medida en que su sentido se mantiene confuso, mezclado [...] la historia es esencialmente equívoca, en el sentido de que es virtualmente *événementielle* (acontecimiento) y virtualmente estructural. La historia es verdaderamente el reino de lo inexacto. Este descubrimiento no es inútil; justifica lo histórico. Lo justifica de todas sus incertidumbres. El método no puede ser sino un método inexacto [...] La historia quiere ser objetiva y no puede serlo. Quiere hacer revivir y sólo puede reconstruir. Quiere convertir a las cosas en contemporáneas, pero al mismo tiempo tiene que restituir la distancia y la profundidad de la lejanía histórica.<sup>28</sup>

Si bien, con estas palabras, se contempla la gran virtud de la Historia por intentar alcanzar lo inalcanzable; la Filosofía de la Historia, por su parte, también ha pretendido esclarecer el estudio acerca del pasado humano en su integridad, a pesar de las vicisitudes técnicas de la disciplina, sus compilaciones y contribuciones han sido relevantes desde sus comienzos, considerando algunos textos de Aristóteles, los últimos aportes de la Escuela de los Annales y hasta las Teorías y las Nuevas Filosofías de la Historia. Sin más, actualmente, las reflexiones se han dividido en dos grandes bloques de investigación: la vertiente epistemológica que, a través de métodos lógicos y conceptuales, pretende esclarecer los elementos y métodos cognitivos que contiene la Historia; y por otro lado, la vertiente narratológica que emerge y permanece en las formulaciones del giro lingüístico, misma que, considera al lenguaje no sólo como un instrumento, sino como el modo privilegiado de la manifestación humana.

Respecto a su definición, la historia se contempla tanto como los sucesos acaecidos en el pasado como el *relato* de los sucesos acaecidos en el pasado. A partir de esta distinción general, parecería que el significado de los acontecimientos se desdibuja entre los métodos e interpretaciones. No obstante, previo a estas consideraciones de *comprender el pasado*, prevalecía una concepción basada en la teología y la teleología de la historia.

En primera instancia, este enfoque está sustentado en el contraste del Tiempo y la Eternidad; el matiz radica en este lapso fuera de toda temporalidad y previo a la creación, pues como lo indica san Agustín en sus *Confesiones*, “de dónde podían transcurrir innumerables siglos que Tú mismo todavía no habías hecho [...] el propio tiempo lo habías hecho Tú, y era imposible que transcurriesen tiempos antes de que hicieras los tiempos. [...]

---

<sup>28</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 25.

Y es que no había un «entonces» cuando no había tiempo”<sup>29</sup> Esta pequeña reflexión revela que, al contrario de la divinidad y a partir de la creación de todas las cosas, el ser humano está sometido a la disipación de su experiencia temporal, ya que, “su corazón revolotea todavía en los movimientos pasados y futuros de lo corpóreo, y es todavía vano”<sup>30</sup>.

La estructura de esta perspectiva revela una forma directa de relacionar al ser humano y su pasado, otorga sentido a la historia y contempla, a partir de un acontecimiento inicial y otro final, una visión lineal del tiempo histórico que se proyecta al futuro; donde todas las cosas, incluyendo el tiempo mismo, llegarán a su culminación y consumación.

Lo relevante de esta distinción es la postura que subyace al fundar un comienzo y establecer un final, pues la experiencia del tiempo del ser humano se distiende en este *interin*: un tiempo intermedio en donde acontece la historia y, no siendo más que, un decisivo periodo de prueba.

## LA HISTORIA COMO SOTERIOLOGÍA

*El primer quehacer no es comenzar,  
sino, [...] volver a acordarse;  
volver a acordarse, con vistas a comenzar.*<sup>31</sup>

Para realizar una investigación sobre el tiempo pasado es necesario profundizar en la separación de la Historia y el Mito: la disociación de esta relación es evidente, debido a la falta de correspondencia entre los tiempos y espacios míticos e históricos, el camino que se propone, en este caso, no es el de la *desmitificación*, pues se continuaría en el nivel explicativo del símbolo y considerando al mito como expresión de un falso *lógos* (λόγος), por lo tanto, se apuesta por la *desmitologización*, ésta ante un lenguaje “mudo, oscuro y encerrado en sus propias contradicciones”, guía al “reconocimiento de los símbolos y su poder revelador”, ya que “comprender al mito como mito significa comprender lo que, con

<sup>29</sup> San Agustín de Hipona, *Confesiones*, intro., trad. y notas Alfredo Encuentra Ortega, España: Gredos, 2010, (Biblioteca Clásica Gredos, 387), Libro XI, 13,15.

<sup>30</sup> *Ibid.*, Libro XI, 11, 13.

<sup>31</sup> Paul Ricœur, *Finitud y culpabilidad*, trad. Cristina de Peretti, Julio Díaz Galán y Carolina Meloni, España: Editorial Trotta, 2011, p. 482.

su tiempo, su espacio, sus acontecimientos, sus personajes, su drama, añade el mito a la función reveladora de los símbolos primarios”<sup>32</sup>.

Ahora bien, los símbolos más allá de proteger un conocimiento velado, resguardan una dimensión de la experiencia del ser humano que se encuentra cerrada y oculta; es por ello que, por mediación del relato, los símbolos a través del mito encuentran una vía para desplegar su sentido.

Finalmente, considerando la noción de *sentido*, se acota que la palabra se relaciona, casi directamente, con el verbo *sentir*; de esta forma, se concibe que los sentidos externos (Vista, Oído, Olfato, Tacto, Gusto) perciben los estímulos sensibles y los sentidos internos captan los afectos intangibles (recuerdos, experiencias y expectativas, correspondientemente, a través de la memoria, el entendimiento y la previsión), con el objetivo de transmitir la información al ser humano. Así mismo, el sentido alude a la noción de *dirección*, como el sentido de las calles o el fluir de los ríos. Por otro lado, corresponde a una *coherencia* y a un *orden* en relación a un sistema o totalidad; también puede mencionarse como un *proceso*, ya sea bajo la definición de *desarrollo* o de *progreso*. El sentido puede entrelazarse con el *significado* (desde un aspecto político, religioso, científico o filosófico) y las *interpretaciones* que se admiten en un texto, a saber: literal y espiritual (alegórico, moral y anagógico o místico), entre otros. Por último, se corresponde con la *comprensión* y el *discernimiento*.

De esta forma, queda claro que la orientación es la de dilucidar una historia restaurada, con el apoyo de la Hermenéutica, a través de los símbolos resguardados en los relatos míticos para atisbar que el origen no está en el comienzo.

Es verdad que todas las historias tienen un inicio y, no necesariamente, pero ostentan un final. Respecto a lo anterior, la investigación histórica se ha empeñado en diseccionar y clasificar los acontecimientos pasados a partir de baremos fluctuantes, tendencias generales o criterios tanto subjetivos como consensuados. De esta forma, surgen bloques o periodos históricos como la prehistoria, la historia antigua, moderna, contemporánea, etc.; igualmente, enfoques históricos como la Historia de las mentalidades, de la locura, de la belleza, de la

---

<sup>32</sup> Cf. P. Ricœur, *Finitud y culpabilidad*, p. 311 ss.



fealdad y una gran cantidad de Historias más, no basadas en acontecimientos sino en conceptos; en última instancia, imponen un inicio y un final a los acontecimientos.

No obstante, previo a la incursión de los métodos científicos con pretensiones de un conocimiento histórico objetivo y verdadero, la *historia*, como el devenir de la humanidad en el tiempo, contemplaba los primeros fundamentos y las últimas causas desde el escorzo de la Teología, pues uno de los principales presupuestos radicaba en considerar al pasado como memoria de un tiempo ancestral, que justificaba y aclaraba el presente, además proyectaba un futuro por cumplir.

Esta hipótesis descansa en las aspiraciones del ser humano de integridad y plenitud con los demás órdenes del universo, a saber: con el anhelo de pensar que existe una armonía cósmica y que él participa de la misma; sin embargo, el ser humano se contempla escindido de esa unidad y separado de lo que puede conocer. En este punto, el mito y el rito se presentan como una restauración intencional, en sentido simbólico, de esa integridad perdida, ya que “esa totalidad, tan significada y tan poco vivida, no se torna disponible más que condensándose en unos seres y unos objetos sagrados que se convierten en los signos privilegiados de ese significante total”<sup>33</sup>.

Específicamente, los símbolos de la culpa y el mal reflejan, de forma preminente, esa escisión que presupone el ser humano. Retomando algunas contribuciones de Paul Ricœur acerca de la función simbólica de los mitos, notemos que una de sus primeras funciones es “englobar a la humanidad en su conjunto en una historia ejemplar”, es decir, no relata una historia singular, sino que manifiesta una estructura existencial a través de un universal concreto; la segunda función instauro una orientación temporal, ya que al relatar la experiencia de ese universal concreto, la historia adquiere un ritmo y una tensión dentro de “un desarrollo entre un origen y una culminación”. Finalmente, el mito realiza una exploración ontológica a partir de la relación de “la realidad fundamental del hombre y su existencia actual”, a saber: esta tercera función del mito caracteriza la transición de la condición ontológica y su estado existencial o histórico<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 317.

<sup>34</sup> Para mayores detalles: *Cf. Ibid.*, pp. 312 y 313.

Ante la plenitud puramente simbólica y la finitud de la experiencia humana surge el mito como contorno de esos símbolos y, a su vez, se despliega en múltiples relatos que en el fondo comparten un mismo y último significado: el drama. Y esto resulta porque, a final de cuentas, la historia que se narra en un mito refiere a un tiempo originario de integridad, o bien, a un tiempo futuro de plenitud. Siendo así, el ser humano se ubica en un tiempo y espacio diferente al originario, hallándose en una tensión orientada hacia un final.

Dentro de los mitos del comienzo y del fin, el drama de creación es el que mejor caracteriza al acto fundador del mundo como un acto de salvación. El acto creador se revela como disipación del caos originario y como dador de un nuevo orden, con esto, otorga un comienzo para la redención que, finalmente, tiene una intención de salvación y de evitar el retorno del caos. En última instancia, el tema de la salvación, que parte de una historia originaria, se traslada, eminentemente, a un desarrollo histórico. No es que la creación sea un acontecimiento acaecido efectivamente con una fecha y un lugar determinado, sino que cumple con una función orientadora para dotar de sentido los actos y la trayectoria del ser humano en el tiempo.

De esta forma, considerando a la historia como soteriología, *el comienzo* se establece como un acontecimiento funesto que se inaugura con la caída del hombre por el pecado original y se continúa con la espera de la redención final. Bajo esta mirada cimentada en el *Génesis*: “la historia comenzó con el interminable don de la vida, mientras la muerte se mantenía en un horizonte siempre lejano. Ahora, *después del origen*, muerte y polvo están delante y a la vista. Vivir es un respiro, un aplazamiento de la sentencia condenatoria. [...] La creación es fundamentalmente una doctrina escatológica”<sup>35</sup>.

## **TIEMPO ÚLTIMO (ἔσχατος χρόνος)**

Resulta complicado pronosticar el final de la historia o el fin del tiempo. Sin embargo, esta concepción no es tan irracional. La comprensión histórica, que se caracteriza por ser

---

<sup>35</sup> Cf. “Grietas en el muro” en André LaCoque y Paul Ricœur, *Pensar la biblia. Estudios exegéticos y hermenéuticos*, trad. Antonio Martínez Riu, Barcelona: Herder, 2001. Las cursivas son mías.

contextual, no es totalmente ajena a otros procesos racionales del ser humano: el historiador por medio de interrelacionar los acontecimientos y demostrar o más bien interpretar lo que ha ocurrido, pretende deducir las posibles causas y efectos. Dicho proceso implica la perspectiva del historiador y su concepción temporal; esta teorización ha creado algunos principios para la comprensión del devenir histórico: una de las más antiguas y principales ha sido *el sentido de la historia*.

Ante la ilusión humana de esperar algo más allá de la experiencia terrenal y la desilusión de la presencia o ausencia del sentido de la historia surgen los cuestionamientos acerca de los primeros fundamentos y las últimas causas. Debido a que los acontecimientos no manifiestan un significado inherente y la suma de todos ellos no contiene un sentido intrínseco, la interrogación acerca de la naturaleza del acontecimiento se trasladó hacia su finalidad, es decir, un acontecimiento no es descifrable, en su totalidad o plenitud, pero se puede especular hacia lo que apunta, a su *telos* (τέλος). De esta forma, precisando un punto de inicio originario y uno final de culminación se presenta una concepción que revela una dirección temporal de la historia y otorga un sentido último, un fin último trascendente para todos los sucesos fácticos.

Atendiendo a las tipologías sobre las concepciones del sentido de la historia de Jacques Le Goff, éstas se pueden descomponer en tres explicaciones: “la creencia en grandes movimientos cíclicos, la idea de un fin de la historia que consiste en la perfección de este mundo, la teoría de un fin de la historia colocado fuera de la historia misma”<sup>36</sup>.

El imaginario grecorromano, en realidad, no contaba con un sentido de la historia; su concepción temporal era cíclica y manifestaba un eterno retorno de lo mismo: ahí de donde surgen todas las cosas, ahí mismo encuentran su destrucción. Se relacionaba con el desarrollo orgánico de nacer, devenir y perecer bajo el orden y la ley del cosmos, regido por divinidades como el Destino, el Tiempo, la Fortuna, etc.; la historia formaba parte de los géneros literarios y tenía una función didáctica y moral. De otra forma, para la tradición judía y cristiana, la historia era un género apocalíptico y profético. Ulteriormente, el cristianismo logró desarrollar y conjuntar los tres tipos de nociones unificándolas en una doctrina que,

---

<sup>36</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 43.

estableciendo la distinción entre un tiempo eterno y un tiempo histórico, ubicó y combinó tres concepciones distintas del tiempo: “el tiempo circular de la liturgia, vinculada con las estaciones y que recuperaba el calendario pagano, el tiempo cronológico lineal, homogéneo y neutro, calculado matemáticamente, y el tiempo lineal teleológico, o tiempo escatológico”<sup>37</sup>. El surgimiento de esta noción fue un vuelco total para las sociedades occidentales y la escritura de la historia; ya que, posterior a la decadencia de la religión, algunos presupuestos teológicos como “la idea de una verdad que se desarrolla en el tiempo” se trasladó al ámbito científico secularizada bajo la noción de un progreso irreversible.

El sentido difuso de la historia y la incapacidad de reaccionar frente al pasado impulsó al cristianismo a revolucionar la mentalidad histórica otorgándole una orientación temporal tanto circular (litúrgica) como lineal (progresiva) y un sentido (la salvación); además de un punto de inicio (la creación), un comienzo histórico (la encarnación) y un final (el día del juicio universal). “Así la historia adquiriría un significado y un fin, pero terminaba perdiendo su carácter mundano. Alcanzar el fin de la historia significaría automáticamente poner fin a la historia misma: la historiografía se transformó en una teodicea”<sup>38</sup>. De esta manera, los acontecimientos y los efectos históricos se sometieron a la interpretación teológica y se orientaron hacia un sentido último.

La doctrina que contiene las creencias acerca de los fines últimos tanto del ser humano como del Universo se designa como escatología; etimológicamente, el término señala un tiempo o acontecimiento final, de ahí que se relacione inherentemente con mentalidades apocalípticas, mesiánicas, milenaristas, proféticas y mitológicas sobre el fin del mundo. Sin embargo, aunque estén implicadas, deben distinguirse: los escritos apocalípticos son narraciones que presentan mitos y/o revelaciones del fin de los tiempos, estrechamente relacionados con las profecías, de donde surgen los movimientos milenaristas y mesiánicos. Todos los anteriores se desprenden o pueden formar parte de una concepción escatológica, pero ésta no se sintetiza en uno sólo de ellos.

Las estructuras escatológicas hunden sus raíces en la profundidad de los orígenes, es decir: el pasado, para ubicar al ser humano en el presente y proyectar una esperanza al futuro.

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 57-58.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

Este esquema instaura la existencia humana en la historia, otorga un orden progresivo a los acontecimientos y una orientación en el tiempo, de esta forma, “el *éschaton* no sólo le pone un final al curso de la historia, sino que lo articula y lo completa según una meta determinada”<sup>39</sup>. No obstante, las concepciones orientales, nórdicas y mesoamericanas, entre otras, difieren ligeramente de esta estructura lineal del tiempo, si bien, sus mitos anotan un acontecimiento final, el destino del ser humano no se consuma, puesto que la destrucción y el caos final sólo tiene la función de renovar el ciclo: el mundo termina, se renueva y surge uno nuevo. Como tal, no existe un fin del tiempo y la tensión hacia un punto final de la historia aparece eclipsada por la noción del eterno retorno.

La concepción escatológica, antes de su consolidación, retomó algunos elementos de los sistemas gnósticos como: la presencia del bien y el mal como principios rectores del mundo, la mancilla de la naturaleza humana debido a su origen titánico y la misión de perfeccionar el alma por medio del conocimiento, la disciplina y la liturgia. Esto marca un camino de purificación a través de la lucha interna entre lo corporal y lo espiritual; pero la escatología cristiana no sólo refiere a una salvación individual sino que concierne al destino de toda una colectividad. Además, al insertar una linealidad temporal, donde el pasado se ubica en un punto lejano del presente y el futuro queda oscurecido por la incertidumbre; el porvenir queda en manos de las profecías, revelaciones y premoniciones para hacerlo visible.

La literatura apocalíptica tuvo un auge los dos siglos previos y los dos siglos posteriores a la aparición de Jesucristo, quizá motivada por los problemas económicos y políticos, sin mencionar la desigualdad social, vividos en la decadencia del Imperio romano, durante ese lapso emergieron y se engrosaron dos grandes *corpus*; por parte de la tradición judía: el *Libro etíope de Enoc*, los *Testamentos de los Doce Patriarcas*, los *Salmos de Salomón*, los *Oráculos sibilinos*, el *Apocalipsis de Abraham*, entre otros; a la par, la tradición cristiana subrayó como principal texto el *Apocalipsis* de san Juan Evangelista, aunque también cuentan con textos no canónicos como: la *Ascensión de Isaías*, los *Libros sibilinos*

---

<sup>39</sup> Karl Löwith, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la Filosofía de la Historia*, trad. Norberto Espinosa, Buenos Aires: Katz, 2007, p. 32.

cristianos y los *Apocalipsis de Pedro, de Pablo, de Tomás, de Esteban* e incluso el *Apocalipsis de la Virgen María*<sup>40</sup>.

Durante la Edad Media las escrituras sagradas estuvieron sometidas a múltiples exégesis, realizando especial hincapié en el género apocalíptico. Por antonomasia, el escrito neotestamentario que más influencia y efectos ha generado en las sociedades occidentales ha sido el mencionado: *Apocalipsis* de san Juan, en él se encuentra la revelación profética de un acontecimiento distante en el tiempo, fuera de la historia y de la experiencia del ser humano que, paradójicamente, termina con su mundo.

La visión, que san Juan tuvo en la isla de Patmos, presenta numerosas y complejas imágenes que recibieron interpretaciones contrapuestas; al intentar explicar y comprender dichas imágenes buscando su referente en la realidad y al no encontrar una correspondencia satisfactoria, la mayoría redujo su contenido simbólico para instaurar una versión literal y establecer un inminente fin del mundo, otras menos difundidas e incluso consideradas heréticas, concluyeron que el texto manifestaba un aspecto puramente simbólico de la salvación.

No fue sino hasta el siglo XII que Joaquín de Fiore (1135-1202) engendró un revolucionario sistema para interpretar la historia del mundo a través de un método histórico-profético: bajo la idea de una relación recíproca entre la historia y las Sagradas Escrituras concebía un acceso para la comprensión de las revelaciones<sup>41</sup>.

La una debe iluminar a la otra, si es que la historia, por una parte, realmente posee una plena significación religiosa y, por otra parte, el Evangelio es el *rotulus in rota* o el eje central de la historia del mundo. Suponiendo que la historia del mundo sea realmente historia de la salvación y la historia de la iglesia su modelo, entonces las únicas claves de su comprensión religiosa han de ser las Sagradas Escrituras, cuya recíproca concordancia no significa, [...] la prueba de una doctrina absoluta, desapegada de la historia, sino la estructura plena de sentido del proceso histórico de la salvación.<sup>42</sup>

El esquema escatológico de Joaquín toma como base los personajes, figuras, símbolos y acontecimientos narrados en el Antiguo y el Nuevo Testamento para otorgarles una

<sup>40</sup> Cf. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, trad. Hugo F. Bauzá, Barcelona: Paidós, 1991, pp. 65-67.

<sup>41</sup> Cf. *Infra.*, ANEXO. *Tiempo cumplido pero no completado* para consultar una descripción y explicación detallada de la visión espiritual de la historia que desarrolló Joaquín de Fiore.

<sup>42</sup> K. Löwith, *Historia del mundo y salvación*, p. 186.

correspondencia en el desarrollo de la historia. Siendo así y considerando la perfección de la Santísima Trinidad, divide la historia del mundo en tres etapas: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cada una imbricada con la subsiguiente y relacionada con la obra de la Divinidad en la historia.

En la primera (iniciada por Adán), el Padre obraba en el misterio, por medio de los patriarcas y de los hijos de los profetas. En la segunda (instituida por Ocías), el hijo obraba por medio de los apóstoles y otros hombres apostólicos, Joaquín preveía que en la tercera época (anunciada por san Benito) el Espíritu Santo obraría mediante las órdenes religiosas.<sup>43</sup>

De esta forma, el desarrollo histórico también implica una evolución espiritual y “la interpretación de la historia pasa, necesariamente, a ser profecía y una recta comprensión del pasado descansa en una recta mirada del futuro, en el que los augurios tendrán su cumplimiento”<sup>44</sup>. El *éscathon* planteado por Joaquín resulta ligeramente ambiguo, pues más que afirmar un *interin*, en el que el ser humano debe esperar el final, manifiesta una perspectiva tanto teológica como histórica del sentido del curso del tiempo: cada etapa transita y está articulada progresivamente hacia grados superiores, de ahí que cada una de ellas resulte necesaria para el cumplimiento del tiempo, la culminación de la historia y la continuidad de ambos.

En general, las concepciones escatológicas revelan una estructura temporal de tensión hacia el futuro y una mentalidad de angustia por la salvación. Estos dos elementos han formado parte de la evolución de las sociedades occidentales, pues la aspiración hacia un espacio mejor y la espera de un tiempo de paz han cohesionado a los pueblos bajo una misma dirección y sentido, mismo que, ha ordenado sucesivamente los acontecimientos pasados y futuros para concederles un significado, transformando la eventualidad humana en Destino.

Sin embargo, la escatología y algunos de sus elementos han activado controversias y fenómenos respecto a sí misma: al establecer un ritmo en la historia, exaltando el modelo de un tiempo lineal e implicando una lógica sucesiva de los acontecimientos, han tomado al tiempo como un instrumento de dominio para las sociedades occidentales y de rechazo o

---

<sup>43</sup> Delno C. Wets y Sandra Zimdars-Swartz, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la Historia*, trad. Federico Patan, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1986, p. 29.

<sup>44</sup> K. Löwith, *op. cit.*, p. 186-187.

menosprecio para aquellas que no empaten con éste. Asimismo, al establecer un acontecimiento final han generado e impulsado la idea de una intempestiva ruptura; es decir, el ser humano, abandonado en una inminente espera, sólo está dispuesto e incitado a un cambio ante una intervención trascendente o una fatalidad inaplazable. Esta misma idea será secularizada bajo el nombre de: revolución; sólo que en este concepto, el deseo de justicia y renovación son los principales fundamentos para el cambio. Finalmente, al tomar como principio “la experiencia del mal y del sufrimiento, ocasionados por la acción en la historia”<sup>45</sup>, la mentalidad escatológica ha producido un fenómeno de miedo y angustia hacia el porvenir y de nostalgia hacia lo recordado. El temor del ser humano ante el significado vacío del pasado y la incertidumbre del futuro le ha cortado el aliento y enseñado a “esperar sin esperanza”<sup>46</sup>; irónicamente, esa ausencia sólo puede ser llenada por la misma esperanza.

### **PRIMERA CONSIDERACIÓN: LA EMANCIPACIÓN DEL PASADO**

*La historia es el teatro de una vida vivida a fondo,  
que siempre deja ruinas tras de sí.*<sup>47</sup>

La interpretación teológica de la historia, como doctrina de la salvación, y la comprensión del tiempo escatológico debe ser necesariamente dogmática; de lo contrario, los textos, los mitos y los ritos, al igual que los conceptos y las nociones espirituales quedan sin contexto e inexplicables para los ojos de la actualidad.

La mentalidad escatológica estructura el ritmo de la historia y opera a través de la implicación del fin del tiempo; es decir, el “tiempo intermedio” en el que el ser humano sortea y desarrolla su existencia terminará inevitablemente. La creación del mundo inaugura el tiempo de la historia; ya que previo a ésta, no había tiempo, sino eternidad, en la que Dios perduraba y preparaba el plan divino. Siendo la eternidad una simultaneidad estática y el tiempo una sucesión, al finalizar el periodo de prueba y con el inicio del Juicio Universal o

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>46</sup> *Ibidem.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 232.



Apocalipsis empezaría un nuevo lapso eónico que no sería eterno ni infinito, sino sólo no tendría límites.

Considerando este inicio y final, la realidad se torna irreversible y el tiempo fluye progresivamente integrando el pasado y el futuro en el presente; al avanzar en la linealidad de una cadena de sucesiones, cada lapso que ocurre se individualiza con un significado o la cercanía con otro acontecimiento, creando así las épocas, etapas, edades, estadios, etc., que seccionan la línea temporal y cumplen con la tarea de ubicar al ser humano ya sea en la lejanía del pasado o en la proximidad del futuro.

El resultado de esto es la creación de un instrumento para guiar y ordenar la vida del ser humano: el calendario. Aunque retoma y manifiesta un tiempo cíclico, subrepticamente, sigue la linealidad del tiempo escatológico, pues la tensión de la historia da inicio con el advenimiento de Jesucristo, a partir de este momento, comienza la cuenta progresiva de los años, ya que todo el pasado se realiza y el futuro se anticipa en él<sup>48</sup>. Por otra parte, la función del calendario es signar y atestar de contenido aquellos días en los que aconteció un hecho que refleja o recuerda el plan divino. Remplazando así a la cosmología pagana, y conformando a la historia como una teofanía que consiste en una sucesión de tiempos propicios determinados con un valor único, acontecidos sólo una vez y que no se repetirán.

De esta forma y bajo la noción de un avance progresivo, el pasado queda lejos del horizonte; aunque se le considera fuente y acumulación de sabiduría antigua que aporta conocimiento al presente, la tensión escatológica impulsa al ser humano a abandonarlo y superarlo con dirección hacia algo mejor; reflejando así, la citada imagen de la batalla del ser humano contra el inexpugnable Tiempo.

La historia como soteriología es ciega ante los acontecimientos que no están relacionados con el esquema lineal y progresivo de la salvación. El modelo histórico que comienza con la creación del mundo y culmina con el fin de los tiempos tiene como eje la encarnación de Dios en la historia; a partir de este acontecimiento, las profecías están cumplidas e inaugura la espera escatológica por el final:

---

<sup>48</sup> Previo a establecer el nacimiento de Jesucristo como el acontecimiento central de la historia se consideraron otros baremos como la Era de los mártires o la Era de Diocleciano; sin embargo, terminaron abandonando estas periodizaciones para retomar a Jesucristo como el Señor de la historia (*anni domini*) y concertando la numeración progresiva hacia el futuro (d.C.) y regresiva hacia el pasado (a.C.).

El pecado del hombre y la voluntad redentora de Dios, sólo ellos exigen y justifican el tiempo de la historia. Sin pecado original y sin redención final el tiempo intermedio sería innecesario. Este “interin”, o sea la historia entera, no es ni un tiempo vacío, en el que nada acontece, ni un tiempo agitado en el que todo puede suceder, sino el decisivo tiempo de la prueba y de la separación del trigo de la paja.<sup>49</sup>

Con excepción del esquema histórico-espiritual de Joaquín de Fiore, los teólogos no le dedicaron profundos análisis a la historia ni mostraron un real interés por el devenir de los acontecimientos; sino que se enfocaron principalmente en la revelación de Dios en la historia y en preservar los ideales de salvación y esperanza.

El tiempo intermedio que origina la soteriología proyecta la tensión temporal en la que el ser humano habita y experimenta la espera de una redención futura. No obstante, aunque los acontecimientos tengan una dirección y la historia un sentido último; todos aquellos sucesos que no tengan relevancia en este marco religioso son segregados o rechazados de la esencia de la historia. Prácticamente, todo el acontecer económico y político de las sociedades, sin mencionar otras religiones, no adquiere notabilidad con respecto a otros acontecimientos que sí están signados por la teleología. A saber, hechos como: las revoluciones sociales, políticas o culturales, el desplome de las economías mundiales, el surgimiento de las dictaduras, los hallazgos astronómicos o el avance científico sólo son un trasfondo, no son importantes para la concepción teológica de la historia porque no tienen relación directa con el Juicio Universal o con la redención.

En este punto es notable la separación entre la historia de la salvación y la historia del mundo; pues, la teodicea de investigar el pasado bajo el impulso de la fe se enfrenta contra los innegables acontecimientos terrenales y mundanos que escapan a las explicaciones espirituales; asimismo, el pasado y el futuro que se ordenaban y condensaban en un plan divino comienzan a desgarrarse por la imprevisibilidad del mismo acontecer y sus consecuencias. La historia comenzó a presentarse cada vez más inverosímil, ya no guiada por el Destino, sino por un borrascoso azar.

Asimismo, el encuentro de la vieja Europa con el nuevo mundo de América y con el lejano Oriente, además de las revoluciones ocurridas en el siglo XVIII, abrieron una nueva

---

<sup>49</sup> K. Löwith, *op. cit.*, p. 224-225.

forma de experimentar el pasado y posibilitaron el surgimiento de una consciencia histórica que desarticuló, a través de un paulatino proceso de secularización, la historia de la salvación. Debido a que el mensaje escatológico no se cumplía y a la desmedida interpretación de cualquier cataclismo o fatalidad como indicio del fin del mundo, la teología de la historia comenzó a desvanecerse en “este juego inconmensurable y recíproco de circunstancias y decisiones históricas, de aciertos y fracasos”<sup>50</sup>. Finalmente, la razón terminó por abandonar la espera de un inminente *éschaton* y dirigió la mirada hacia “la confiable continuidad del ‘proceso histórico’, tanto más confiable cuanto se abre camino a través de crisis y cambios radicales”<sup>51</sup>.

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 250.



*El tiempo establecido ya se agota.  
Aguardo ante el ocaso que el olvido  
me depare un sueño sin memoria.  
Quimérico, secreto, espectral camino,  
sus ilusorias leyes inventan un destino  
que aunque soñado, quiere ser el mío.*

*Jorge Luis Borges*

## CAPÍTULO II ÍTERIN



## CAPÍTULO II ÍTERIN

### NOTA PREVIA

La realidad se experimenta en muchos sentidos pero en relación con una sola, se nombra desde los múltiples discursos que la apelan y se aprehende a partir de las distintas capacidades y facultades humanas. El ser humano está inmerso en un horizonte de sentido que, constantemente, se amplía y se fusiona con otros para dar origen a nuevas perspectivas.

El Ser humano, la Experiencia y la Realidad son términos que no pretenden establecer o aludir a ningún esquema cognoscitivo o teoría epistémica; por el momento, simplemente, se nombran para denotar el vínculo que existe entre ellos y atisbar que, la realidad se fragmenta en las inconmensurables representaciones que el ser humano construyen por medio de su experiencia.

Historiadores, filósofos, teólogos, poetas e incluso físicos han intentado descifrar, o más bien, explicar y comprender qué es la realidad del pasado: ese “tiempo abolido y preservado en sus huellas”<sup>52</sup>, que en algún momento ha sido pero ya no es. El mundo, en la investigación histórica, son las acciones de los hombres del pasado. De eso se trata y lo primero que se puede indicar es que “eso, ya pasó”. Justo, ese es el objetivo y la pretensión de verdad: narrar el acontecimiento tal *como realmente ocurrió*.

Los principios que han emergido a partir de las confrontaciones, disputas y críticas acerca de los acontecimientos pasados, suelen pensar que la historia de la humanidad sigue la dirección de un plan divino revelado o que está sometida a las leyes del Destino o que es un azaroso devenir. El trasfondo que se elige para escribir y darle sentido a la historia depende del escorzo desde el que se realice la investigación; muchas de las ocasiones no es una decisión consciente, sino que es dada por el contexto y las implicaciones conceptuales e ideológicas del autor. Asimismo, la reconstrucción del pasado depende de la noción de tiempo con la que se comprometa; a saber, escatológico, cósmico, progresivo, etc.

---

<sup>52</sup> P. Ricœur, *Tiempo y narración III*, p. 779.

La idea de historia siempre está acompañada de cierta noción de tiempo; eso que intitulamos como el futuro, el presente y el pasado funcionan como conceptos y verdaderos instrumentos para el análisis de la realidad. Efectivamente, estos términos temporales son sólo “términos”; no obstante, mantienen concentrados y ordenados los acontecimientos de la humanidad, aunque parezcan instancias dispares, guían la perspectiva.

Sin embargo, en algunas ocasiones, la *historia* presenta movimientos que rompen con las nociones de tiempo pensadas o establecidas; e inversamente, parece que el *tiempo* devasta, deja en ruinas y desgarras las mentalidades que se concebían acerca de cualquier sentido de la historia.

## RUPTURA Y CONTINUIDAD

*Si pudiésemos [...] contemplar la historia de los tiempos futuros con la misma tranquilidad y serenidad con que contemplamos [...] una tempestad en el mar, desde tierra firme, tal vez podríamos vivir conscientemente uno de los capítulos más grandiosos de la historia del espíritu.*<sup>53</sup>

El curso total de la historia resulta ambiguo de esclarecer, al menos, si se le considera desde una perspectiva unívoca como el sentido escatológico del tiempo; como se ha mencionado, esta mirada sólo es sostenida por las culturas occidentales, pues, no resulta apropiado para otras que desarrollaron diferentes formas de historia respecto a otros modelos de tiempo. Sin embargo, posterior a la secularización de sus principales nociones, los planteamientos y presupuestos teológicos de la historia de la salvación no desaparecieron ni fueron olvidados de la noche a la mañana; sino que continuaron presentes, guiando las formas historiográficas e incluso estimularon los avances científicos, políticos, económicos, artísticos y culturales, en general, fungieron como piedra de toque para la evolución social en occidente.

La creación del calendario como instrumento cronológico y la periodización del tiempo en lapsos determinados, es decir, clasificar el pasado en etapas, ciclos o épocas

---

<sup>53</sup> Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, trad. Wenceslao Roces, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1961, p. 331.

impulsó la madurez del pensamiento histórico. Pues, más allá del espíritu religioso, superando la única y anticrítica tarea de registrar los acontecimientos, se obtuvo el valor de interpretar y significar el devenir de las acciones humanas. No obstante, aparecieron en una oposición casi incompatible: los propósitos objetivos del plan divino y los subjetivos del ser humano, en donde el actuar de la humanidad no obtiene relevancia ni significa nada para el discurrir histórico. De esta forma, irónicamente, uno de los principales fundamentos del sentido teológico de la historia, al mostrarse incapaz de cumplir con sus promesas, terminó por incitar una crisis dentro de la misma mentalidad:

Lo escatológico es siempre un elemento perturbador en la historia. Al historiador compete averiguar el pasado, no el futuro, y cuando vemos que un historiador pretende poder determinar el futuro, debemos estar seguros de que algo se ha descarriado en su concepción fundamental de lo histórico. Pero es más, podemos saber en qué consiste el descarrío. Lo que acontece en tales casos es que ha dividido la realidad única del proceso histórico en dos cosas separadas, una que es la determinante y otra que es la determinada, o sea, la ley abstracta y el hecho; lo universal y lo particular.<sup>54</sup>

Las crisis históricas no siempre son movimientos acelerados, ni tan abruptas o revolucionarias como se les considera; en la mayoría de los casos, las rupturas no son totales, sino procesos graduales, paulatinos y que, sigilosamente, transcurren por largos periodos hasta que tiempo después se logra contemplar sus resultados o efectos. En particular, se cree que un intempestivo acontecimiento, planeado o no, tal como una guerra, una invasión, la caída de un gran imperio o el encuentro con todo un nuevo continente podría modificar el rumbo de la historia; la incoherencia y la inverosimilitud que presentan los sucesos no esperados, dentro de una realidad histórica, hacen evidente el paroxismo de los mismos acontecimientos y modifican, o más bien, renuevan el enfoque histórico del ser humano pero no fractura la historia ni su experiencia temporal.

La innovación y las aportaciones que emergen de las crisis apoyan tanto el análisis como la reorganización de las antiguas mentalidades, además de promover el surgimiento de nuevas consciencias. Movimientos como el incitado por Joaquín de Fiore han demostrado que a pesar de contener fundamentos fijos y marcos conceptuales sólidos es posible transformar las estructuras.

---

<sup>54</sup> R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p. 118.

Un siguiente ejemplo lo dio Giambattista Vico (1668-1744) al formular un esquema del acontecer histórico que, en vez de establecer una teología de la historia, exponía una “teología civil elaborada racionalmente”<sup>55</sup>, en la cual, reconocía a la Divina Providencia como primer principio y “arquitecta de este mundo”<sup>56</sup>.

El principio filosófico de una ley providencial que impulsa el desarrollo de la historia podría considerarse poco novedoso; no obstante, bajo “el aliento de la filosofía y la historia de las costumbres humanas”<sup>57</sup>, G. Vico logró diseñar “una historia ideal eterna, sobre la que transcurre en el tiempo las historias de todas las naciones”<sup>58</sup>, identificando este principio y matizando la noción de la Divina Providencia abarcó no sólo a la tradición cristiana, sino que también se remontó a las sociedades primitivas y paganas. Su estudio realizó una exhaustiva investigación del pasado profano para demostrar la idea de una verdad oculta en las mitologías, las lenguas y las representaciones religiosas de los gentiles.

Vico, considerando a la Providencia como legislación divina, la estableció como método para investigar la historia y justificar la causalidad entre el pasado y el presente, pues sólo por medio de la manifestación providencial en el mundo y la libre voluntad humana se da sentido y cumplimiento “al orden universal y permanente del proceso histórico”<sup>59</sup>.

En un principio, la idolatría y la adivinación habían conformado una sabiduría vulgar fundamentada en la interpretación de prodigios naturales, avisos sensibles o en los mensajes de los dioses enviados a los seres humanos, este tipo de costumbres sólo afirmaba la manifestación de la Providencia pero los antiguos eran incapaces de reconocerla; esta ciencia vana empero acentuó el origen de una ciencia nueva a través de la revelación de dos principios: la existencia de la Providencia desde la antigüedad y la presencia del libre albedrío en el ser humano. A partir del segundo, se deriva el sentido común de vivir justamente y el deseo natural de establecer leyes que lo garanticen<sup>60</sup>.

---

<sup>55</sup> K. Löwith, *Historia del mundo y salvación*, p. 167.

<sup>56</sup> Cf. Giambattista Vico, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, trad. José Carner, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2006, p. 66.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>58</sup> *Ibidem.*

<sup>59</sup> K. Löwith, *op. cit.*, p. 154.

<sup>60</sup> G. Vico, *op. cit.*, p. 38.



De esta forma, el mundo profano se incorporaba a la historia universal y la realidad histórica se fundamentaba en la expresión de la Providencia como ordenadora del derecho natural, es decir, a partir de las costumbres, los asuntos civiles como los contratos de propiedad, matrimonios, sepulturas, legislaciones, formas de gobierno, etc., se acreditaban como elementos de “esta nueva ciencia de la humanidad, sobre la cual halla su norte y señala la historia universal de las naciones, que narra sus surgimientos, progresos, estados, decadencias y fines.”<sup>61</sup>

El esquema histórico que esboza G. Vico, aunque parezca que identifica a la Providencia con la idea del progreso, contiene un ligero pero radical matiz, pues el modelo no demuestra ni implica un desarrollo o avance de la historia dirigido hacia un tiempo o espacio mejor, sino que subraya una evolución social y civil del ser humano guiado por la luz de la Providencia, la cual impone un orden a las naciones: empezar, discurrir y terminar. Este curso (*corso*) y recurso (*ricorso*) del devenir de la historia plantea un comienzo pero no deriva en un *éschaton*, no existe culminación ni final; es decir, la historia está dirigida hacia un *telos* que es el bien de la humanidad pero, necesariamente, incluye el ocaso y la declinación de lo estable. Porque, a la vez, este movimiento de retorno procura la educación e impulsa a la humanidad a un renacimiento.

Esta dialéctica del curso y recurso de la historia no simboliza tiempos cíclicos ni renovaciones en un aspecto cósmico, más bien, se enfoca en los procesos de decadencia, ya que sólo por medio de ellos, el ser humano es educado y salvado, representa la estructura natural, histórica y civil de la humanidad. El objetivo de estos movimientos no es otro que la guía de la Providencia hacia los fines universales: educar, salvar y conservar al ser humano. Asimismo, estas crisis suceden para interrumpir el curso de la historia pero no para culminarla, sino sólo para señalar un renacer. “El fin originario y el sentido providencial de la historia sólo consisten en esto, no en la redención de la historia –impía– de la *civitas terrena*. El retorno a la barbarie salva a la humanidad de la autodestrucción civilizada.”<sup>62</sup>

Finalmente, la perspectiva de G. Vico no se separa de los presupuestos del sentido teológico de la historia, al igual que todas aquellas que se formularon bajo estos términos, no

---

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>62</sup> K. Löwith, *op. cit.*, p. 166.

alude a un progreso revolucionario sino que refleja la directriz del desarrollo y plenitud de la historia en el marco de un tiempo consumado, además conserva los principios de la soteriología: la caída y la salvación. Por el contrario, logra aterrizar la idea de la Divina Providencia y revelar la noción que subyace en ella: el devenir histórico en un progreso temporal constante.

La Providencia en la filosofía de Vico podría tener cualquier otro nombre: María, Pedro o Esquilax y seguiría funcionando como la estructura permanente del proceso histórico, operando como la arquitecta del mundo y otorgando orden al universo. Justo, este aporte es el relevante y el que engendrará, posteriormente, la tesis del progreso, entendido como una “progresión ilimitada, que avanza sin cesar hacia una cada vez mayor racionalidad, libertad y felicidad”<sup>63</sup>. Lo notable de este ligero juego de palabras, respecto a la Providencia, es que resalta la estructura del devenir histórico; noción que gradualmente derivará en la traslación de la fe en la Divina Providencia por la fe en el progreso.

Si bien, las evoluciones culturales o el cambio en las mentalidades son procesos lentos y acompasados; por el contrario, los movimientos acelerados que se presentan en el flujo continuo y estable de la historia promueven transformaciones vertiginosas, en ocasiones, súbitas, radicales e insospechadas. Las crisis en la historia son verdaderas tormentas que “hacen brotar indudablemente lo grande, pero puede ocurrir que sea lo último”<sup>64</sup>.

La historia necesita movilizar una cantidad enorme de elementos y armas, un estrepito verdaderamente desproporcionado para conseguir un resultado relativamente pequeño, resultado que no siempre es el que se deseó o el que valía la pena desear. Por lo demás, es el mismo fenómeno que se da en la vida de los individuos: muchas veces se pone en tensión todo el *pathos* para conseguir una decisión de la que ni uno mismo sabe qué saldrá en último resultado y que luego trae consigo no pocas veces un destino vulgar, aunque necesario.<sup>65</sup>

Las causas que dan pie a una crisis no son del todo claras ni definitivas, principalmente, se piensa que la mentalidad que le precede puede contener suficientes elementos que, a partir de un detonante, haga explotar un acontecimiento turbulento; aunque también puede ocurrir de manera inversa, es decir, un suceso espontáneo que no tiene precedentes puede contener

---

<sup>63</sup> Cf. *Ibid.*, p. 81.

<sup>64</sup> J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, p. 212.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 225.

fuertes repercusiones que inciten y estallen en un movimiento acelerado. Desde otra perspectiva, conceptualmente, es posible afirmar que la humanidad siempre ha tendido a realizar grandes cambios periódicos debido a la adquisición de nuevos conocimientos y a la ideología de mejorar su entorno. Al menos en el inicio, una crisis siempre encabezará y ensalzará los elementos de un esplendor ideal y el ser humano, así tenga que realizar un gran esfuerzo o un largo camino que recorrer, si tiene en mente una compensación y la modificación del actual estado de cosas, emprenderá el movimiento para cambiar el rumbo del futuro.

Así como los inicios, los desarrollos de las crisis son aún más borrascosos, pues aquellas que emergen por una sola causa arrastran muchas otras iniciativas y consignas, quizá fortaleciendo el movimiento pero mezclando propósitos y turbando el horizonte, donde no se sabe absolutamente qué fuerza será la que triunfará en definitiva. De este modo y debido a los raudos procesos de cambio, la historia adquiere una celeridad tan repentina que parece que los acontecimientos, que pudieron desenvolverse en largos periodos de tiempo, ahora se presentan súbitamente, ocurren y desaparecen.

Las crisis surgen en épocas de estancamiento o declive, algunas veces logran extenderse fuera de su núcleo, entretejiendo causas y tensiones, ocasionando una reacción en cadena que impregna otros espacios. Generalmente, las crisis vienen de los estados de cansancio, irritabilidad, desilusión e indiferencia; desencadenan una violencia que despierta las fuerzas dormidas, despliegan una total incertidumbre: un caos que devorará el contenido ideal y, finalmente, al mismo movimiento. Posterior a todo ello, sobreviene el desencanto, la miseria, los tiranos, las dictaduras, la muerte y la restauración. Al final, los resultados que, si bien nunca son los esperados, sí son permanentes.

Siempre será imposible calibrar certeramente de antemano, en sus inicios, el grado y el valor de una crisis y sobre todo su capacidad de difusión, pues lo decisivo en estos casos no es tanto el programa como la masa de materia inflamable acumulada, es decir, el número y la disposición de ánimo de los que además de sufrir se inclinan desde tiempo atrás a luchar por un cambio general. Lo único que puede afirmarse como seguro es que la resistencia material sólo sirve para avivar las llamas cuando se trata de verdaderas crisis, mientras que las falsas crisis o las crisis superficiales se paralizan al tropezar con ella, tal vez después de un grande y estrepitoso griterío.<sup>66</sup>

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 227.

Una verdadera crisis contempla la renovación, no como un proceso orgánico, sino como una estrepitosa ruptura de la continuidad a través de transformaciones tanto fundamentales en lo político y social como esenciales en lo espiritual y cultural. Llanamente, representa la eliminación de lo viejo por lo nuevo: es una batalla contra el pasado en busca de un brillante futuro. Una falsa crisis o superficial sólo es un acontecimiento tormentoso que no pretende ningún cambio ni desplaza o moviliza la estructura de la existencia humana; únicamente, genera deudas, desorden y desconcierto porque no consigue reunir razones ni tensar las fuerzas suficientes para provocar la desesperanza e incitar a la insurrección. Sin embargo, estas agitaciones superficiales pueden inocular tendencias olvidadas para hacerlas brotar e infundirlas nuevamente como operadores y causas que preparen el camino hacia una gran crisis futura.

Las guerras, guerrillas, rebeliones e invasiones son considerados procesos acelerados y factores necesarios de desarrollo, pues su culminación implica la paz del futuro. Todas ellas funcionan bajo la presentación de un antagonista que debe ser destruido para poder alcanzar la ilusión de la concordia. Si bien, “purifican la atmosfera como las tormentas, fortalecen los nervios, conmocionan los espíritus y forjan las virtudes heroicas”<sup>67</sup>; dependiendo de su magnitud, el espacio abarcado, el enemigo vencido, las modificaciones vitales que produzca, así como el legado que genere, y si su intensidad deriva en una transformación radical podrá ser considerada como una verdadera crisis.

Las crisis son nudos en el desarrollo progresivo de la historia, ya que la verdadera pasión por el cambio origina innovaciones perdurables y no busca sólo el derrocamiento de lo antiguo. Estos movimientos acelerados despejan, cimbran y apuestan la estabilidad de la cotidianidad, eliminan las impurezas de los organismos sociales, son signo de vida y síntoma de la temeridad para arriesgar todo: “despiertan en el hombre y en las masas fuerzas insospechadas y hasta el cielo cobra un todo distinto”<sup>68</sup>.

El progreso, como la Providencia, permite contemplar en perspectiva la noción del sentido de la historia y el elemento del avance progresivo del tiempo que contiene, pues sistematiza causalmente a los acontecimientos pasados y manifiesta que, efectivamente, el

---

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 243.

viento sopla más o menos en una sola dirección. La nostalgia por una realidad pasada y destruida, al igual que el culto a los vestigios, incita al temor de todo aquello que irrumpa o fracture la estable continuidad; de ahí que la persistencia de lo cotidiano sea el garante de una realidad firme y constante. La teoría del progreso, bajo el principio del perfeccionamiento gradual, opera a favor del presente y de la dicha del porvenir; sin embargo, la perseverancia ideológica sin movimiento material equivaldría a la misma inanición humana, otorgando una vaga sensación de desarrollo, que sólo consistiría en la postergación de la crisis y de la futura transformación de la realidad.

La teoría de las tormentas de Jacob Burckhardt (1818-1897) traza una tipología que, aunque esboza los posibles comienzos, trayectorias y resultados que sobrevienen de las crisis históricas, no establece una caracterización determinante de sus elementos, duración o consecuencias, ya que la implícita acción humana fractura cualquier dirección o causalidad objetiva de los acontecimientos, incluso elimina el presupuesto de una dialéctica, despoja al tiempo de sus presupuestos teleológicos y revela la ilusión del sentido dramático e inexorable de la historia bajo un principio rector que la orienta.

Desde la perspectiva de J. Burckhardt, considerar un plan universal o un programa general que desarrolla cronológicamente el devenir de la historia, además de ser altamente optimista, induciría a errores por derivar de premisas falsas. Las especulaciones acerca de los orígenes y las conjeturas sobre los fines últimos oscurecen las acciones históricas del ser humano; por ello, para comprender el presente como una realidad sustancial que se efectúa *desde* la historia y *en* la historia, se debe enfocar no a la sucesión de los acontecimientos, sino a las fuerzas que se presentan, irrumpen, modifican y reorientan a nuevos caminos porque la esencia de la historia está en el movimiento y la transformación, en “estos momentos en que las constantes del tiempo histórico revienen sobre sí, pierden su dirección tradicional y se recuperan y se entrecruzan buscando nuevos rumbos”<sup>69</sup>.

La acción del fenómeno fundamental es la vida histórica tal y como fluye y refluye bajo mil formas complejas, bajo todos los disfraces posibles, libre y no libre, hablando tan pronto a través de la masa como a través de los individuos, unas veces en tono optimista y otras en tono pesimista, fundando y destruyendo estados, religiones y culturas, ora constituyendo un oscuro enigma ante

---

<sup>69</sup> Jacob Burckhardt, *Sobre las crisis en la historia*, Edición y versión de Felipe Gonzalez Vicen, Madrid: Ediciones Nueva Época, 1946, (Colección ENE), p. 78.

sí misma, guiada por más confusos sentimientos transmitidos por la fantasía que por verdaderas reflexiones; ora dirigida por la pura reflexión y mezclada, a su vez, con ciertos presentimientos de lo que sólo mucho más tarde habrá de ocurrir.<sup>70</sup>

Los movimientos de la historia ya sean acelerados o paulatinos son fenómenos permanentes que originan ocasicos, devoran la actual interpretación de la realidad y dejan todo en ruinas, a la par que preparan y construyen una nueva restauración. Al expresar que no existe un desarrollo progresivo de la historia ni un sentido último, la continuidad del tiempo histórico se manifiesta como el único elemento constante, revelando que la única verdadera y radical crisis que podría sobrevenir a la historia sería la ruptura de la continuidad a través de la suspensión del tiempo.

Incluso si el tiempo comenzará un retroceso existiría una orientación; por ello, el fin de la historia sólo equivaldría al quebranto de esta continuidad, que no está significada como la mera continuación de los sucesos, sino como el interés esencial de la existencia humana por conservarse y renovarse. Es decir, la prosecución de una continuidad histórica posibilita el surgimiento de una consciencia que contemple el legado humano a través de los tiempos conformando una tradición. Asimismo, “el delgado hilo de la pura continuidad sin comienzo, progreso ni final no sostiene ningún sistema”<sup>71</sup>; no obstante se presenta como la única prueba que otorga duración y significado a la experiencia temporal del ser humano para ser consciente de su historia.

Ante el constante movimiento histórico, “lo que si puede elevarse sobre los tiempos y sus mudanzas y construir un mundo de por sí, es lo hermoso”<sup>72</sup>; la historia del futuro deberá proponer un nuevo enfoque para otorgar, en justas proporciones, una experiencia de la historia y de la temporalidad del ser humano que lo libere de los juicios acerca de la dicha o el infortunio de la historia y de su tragedia de “lucha y sufrimiento, breve gloria y larga miseria, guerras y, entre medio, periodo de paz”<sup>73</sup>.

Las aportaciones de Jacob Burckhardt, aunque tachadas de pesimistas o irónicas, constituyen un umbral de la teología a la filosofía de la historia y un parteaguas desde el

---

<sup>70</sup> J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, pp. 49-50.

<sup>71</sup> K. Löwith, *Historia del mundo y salvación*, p. 41.

<sup>72</sup> J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, p. 52.

<sup>73</sup> K. Löwith, *op. cit.*, p. 40.

enfoque historiográfico. En primera instancia, por anotar que el estudio histórico no puede reflexionar o comenzar por los orígenes, pues sólo estaría registrando especulaciones o puros reflejos. En segunda instancia, por tomar “como punto de partida el único centro permanente y posible para nosotros: el hombre que padece, aspira y actúa; el hombre tal como es, como ha sido siempre y siempre será.”<sup>74</sup> Sin mencionar que, al no perseguir un estudio con un orden sistemático o cronológico, sino enfocado a lo que se repite, constante y único, es decir, al acontecimiento, desarticula la estructura del sentido teológico de la historia y abre un sendero a la construcción y reconstrucción del pasado como objeto de conocimiento y no sólo de fe.

## **SEGUNDA CONSIDERACIÓN: LA HISTORIA DE LOS TIEMPOS FUTUROS**

Los dos mil años de una escatología no cumplida y la fractura de las nociones del progreso por medio de las tormentosas crisis, posiblemente, manifiestan la ausencia de un final o un sentido último de la historia, arrojando sólo acontecimientos imprevisibles e irreversibles para la experiencia humana. Un mundo terrible que no revela sus comienzos ni sus finales origina un campo de batalla fértil para las interpretaciones de la realidad, sin embargo, las conjunta bajo un mismo objetivo: disolver las ilusiones y las presuposiciones por medio de la investigación.

A raíz de un pasado que no transcurriría, el devenir histórico emprendió rumbo hacia un Destino sin profecías y comenzó a gestar una Teoría de la Historia con el objetivo de transformar los fundamentos del conocimiento histórico bajo la pretensión de expresar el pasado *como realmente ocurrió* y la ambición realista de describir el acontecimiento e identificar las tendencias que actúan paulatinamente en la historia.

La emancipación del pasado como objeto de fe se debió a una borrasca multiseccular que, por medio de separar los discursos de la historia y distinguir el conocimiento histórico, buscaba estar consciente de su tránsito y mutaciones a lo largo del tiempo. El eje de este

---

<sup>74</sup> J. Burckhardt, *op. cit.*, p. 46.

nuevo modelo fue la pretensión de verdad porque otorgaba validez a su investigación y mostraba una relación, afianzada por las huellas, con la realidad pasada.

El distanciamiento de la investigación histórica de los relatos míticos y ficcionales, así como de las mentalidades espirituales y políticas, posibilitó la conformación de un proyecto sólido con un novedoso repertorio de técnicas y métodos para la comprensión del pasado y afrontar las vicisitudes del futuro que anunciaban la ampliación espacial y la dilatación temporal de la historia.

Desde la posición del presente y con la mirada hacia el pasado, la nueva imagen de la historia comenzó por conjuntar la tradición sacra y profana en un mismo devenir temporal realizando una revisión y correspondencia entre nombres, fechas y acontecimientos con la intención de verificarlos, ubicarlos y adaptarlos a una nueva periodización. Este ejercicio técnico derivó en un abismo, pues al comparar los escritos históricos de la tradición grecorromana donde prevalecían los mensajes morales, políticos y poéticos frente a los escritos espirituales de la época eclesiástica que desdibujaban el actuar humano a favor de la intervención divina, evidentemente, estalló el juicio acerca del esplendor del pasado remoto y el obscurantismo del periodo que le siguió.

Bajo el concepto de la permanencia y constancia de la continuidad en la historia, esta nueva configuración de periodos fue asimilada y propagada tripartitamente como: Antigüedad, Edad Media y Modernidad; al otorgarles un nombre y una carga de significado, irónicamente, se retomó la estructura lineal y cíclica del tiempo de la historia que avanza de forma progresiva pero tras alcanzar una cumbre, comienza una decadencia e inicia lentamente un renacimiento.

Respecto a la certeza y transparencia, los escritos históricos de la Edad Media terminaron por ocasionar sospecha al estar permeados e influenciados por los presupuestos teológicos, políticos y nublar las acciones humanas; por el contrario, el brillo, la lejanía y la poca o nula información que se tenía de la Antigüedad provocó una incesante búsqueda de materiales para su comprensión. Fue así, como se inició una exploración anticuaria para rescatar manuscritos, reliquias, piedras grabadas, inscripciones, monedas, estatuas y una vasta variedad de objetos cotidianos; a la par, por medio de las excavaciones, comenzó a emerger de la tierra un pasado repleto de vestigios, monumentos, ruinas y ciudades enteras.



Todo el *corpus* de datos que se producía empezó a compendiarse en dibujos, planos, mapas y, con el avance de las pesquisas, se acumularon en archivos, galerías, museos y colecciones.

La expansión del campo histórico promovió el nacimiento y la formalización de nuevas disciplinas especializadas en cada huella que se rescataba del olvido: la Paleografía, la Epigrafía, la Numismática, la Paleontología, la Arqueología, la Antropología y la Etnología, entre otras, fueron perfeccionando sus técnicas, matizando el conocimiento y perfilando una psicología de la historia que posibilitará comprender las pasiones, aspiraciones, intereses e intenciones de las acciones del ser humano del pasado. Los resultados pluriseculares de estas disciplinas, así como la búsqueda de documentos, su estudio crítico y el arsenal de técnicas para su investigación, bajo la exigencia de la pretensión de verdad, permitieron desligarse de los testimonios irreales, formular certezas verificables, promocionar y difundir el saber de la historia para, finalmente, culminar con la constitución del pasado como objeto de conocimiento.

La revolución epistémica que traslado al pasado de la fe a la ciencia, además de amplificar su espectro espacial, dilató su temporalidad, ya que los miles de años de existencia que señalaban los escritos sagrados se ven empequeñecidos por los descubrimientos de la Geología y la Física: los nuevos estudios sobre los fósiles, los fenómenos geológicos, la formación de la tierra, las estrellas, las galaxias y, en general, las teorías del origen y evolución del universo abrieron una brecha enorme de miles de millones de años hacia atrás.

Nuevamente se presentaba una crisis: el silencio de las evidencias de la prehistoria y el surgimiento de diferentes modelos históricos, desde otras culturas, que expresan múltiples dimensiones y direcciones de la evolución del ser humano, ocasionan que el marco de investigación se fracture ante la imposibilidad de englobar tiempos cada vez más largos y espacios más extensos.

En este punto, sobrevalorar o desestimar la capacidad de integración que ha conseguido la investigación histórica no conduciría a ningún rumbo; y no es que el pasado se torne inaccesible, sino que una revolución epistémica requiere, necesariamente, una revolución ontológica. La clave se enfoca en distinguir entre describir una realidad que acontece en el presente y reconstruir las características de una realidad extinta, a partir de documentos y monumentos.

La teoría y práctica de la investigación histórica futura debe estar consciente de la condición ontológica de la realidad que aborda, pues, lo que fue en el pasado es totalmente diferente a lo que es en el presente. Si bien, no puede acceder directamente a la realidad de las huellas del pasado, si puede, por mediación de la interpretación, mantener una relación indirecta que le permita reconstruir los acontecimientos, configurarlos en hechos, hacerlos inteligibles e integrarlos en un modelo que les otorgue sentido. De esta forma, se modifica y se cumple tanto la pretensión de verdad como la ambición realista que persigue, ya que sus afirmaciones no atestan la realidad visible, sino la realidad que reconstruye.

La naciente Historia no sólo debe aspirar a decir la verdad sino que tiene que decirla y “sólo puede dar el máximo de sí misma si es al mismo tiempo una ciencia que establece los hechos, un arte de presentarlos y una filosofía que permite comprenderlos”<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> Krzysztof Pomian, *Sobre la historia*, trad. Magalí Martínez Soliman, Madrid: Ediciones Cátedra, 2007, p. 82.

# CAPÍTULO III

## LA OSCILACIÓN DEL TIEMPO IRREVERSIBLE



*Lo que el minuto ha arrancado /  
no lo devuelve ya ninguna eternidad.*

*Friedrich Schiller*

### CAPÍTULO III LA OSCILACIÓN DEL TIEMPO IRREVERSIBLE

#### NOTA PREVIA

La Historia es una disciplina que se ha construido, concretado y, a la par, ha generado orgullo entre los historiadores y respeto ante otras disciplinas del conocimiento. Es cierto, que desde su origen ha ido evolucionando: matizando sus términos, perfeccionando sus metodologías, aumentando su capacidad de análisis, ampliando su alcance y especialidad por medio de muchas otras disciplinas auxiliares. Por todo lo anterior, la Historia se yergue como una investigación eficaz, una herramienta fundamental, una guía para la comprensión y una autoridad acerca del conocimiento del pasado.

Actualmente, resulta complicado o más bien impensable atisbar los límites que podría tener la Historia. ¿En qué aspecto del ser humano la Historia no tiene cabida? ¿Quién podría ignorar u omitir su existencia?

Y resulta complejo porque la Historia está imbricada con la capacidad de recordar del ser humano. Bajo esta mención, al menos conceptualmente, la Historia sí podría ser universal. Ya que, la memoria tiene una utilidad práctica innegable y una función orientadora desde el aspecto individual hasta el colectivo. Previo a la sofisticación de los métodos históricos, al igual que la oralidad, la rememoración fue una de las primeras herramientas para traer y preservar los recuerdos: ambas técnicas cimentaron los primeros caminos hacia la representación del pasado. Sin embargo, su operación también causó sospecha acerca de la certeza y fiabilidad de sus evocaciones.

Fuera de esta cimbrada relación entre Memoria e Historia, y desde el escorzo de los cánones occidentales, es válido afirmar que una historia es Historia en el momento en el que se inscribe. “La historia empezó siendo un *relato*, el relato de quien puede decir: «vi, sentí»”<sup>76</sup> y con la escritura del testimonio comienza el proceso historiográfico y archivístico. Con ello, también se da inicio a un largo, y en algunas ocasiones aporético, laberinto de análisis, crítica, validación e interpretación de documentos.

---

<sup>76</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 11.

El documento, como el elemento material del historiador, se amplificó para abarcar aquellos objetos que en algún momento no podrían ser considerados como fuentes históricas<sup>77</sup>. De este modo, la noción de huella logró mayor alcance, otras y nuevas perspectivas; el documento se erigió como fundamento del hecho histórico, adquirió un valor objetivo como prueba histórica y, más allá de explicar y relatar, la Historia avanzó con seguridad hacia todos los acontecimientos del pasado al que le daban acceso. De igual manera, los archivos se multiplicaron, refinaron y se crearon técnicas para el manejo de cada una de las diferentes fuentes históricas, dando como resultado que: la Historia comenzará a construir el hecho histórico.

Desde su apoteosis y hasta su posterior crítica; los historiadores se percataron que el documento no era inocuo; si bien puede contener lo más íntimo de la vida del pasado y ser la única información para aproximarse al acontecimiento, también “es el resultado ante todo de un montaje, consciente o inconsciente, de la historia, de la época, de la sociedad que lo han producido, pero también de las épocas posteriores durante las cuales ha continuado siendo manipulado a pesar del silencio.”<sup>78</sup>

El historiador, como elemento integrador, aceptó la pesada carga del documento y su manejo; a sabiendas que un testimonio no siempre es objetivo o inocente, sino que expresa, paradójicamente, la memoria y el futuro del autor o una colectividad. Los procesos de crítica abrieron un abismo sobre el documento; esta grieta reveló dos grandes obstáculos de la práctica del historiador. En primera instancia, si el documento no es tan inocente, sino al contrario, resulta totalmente manipulable: estaríamos frente a un escepticismo epistemológico de la Historia. En segunda instancia y en consecuencia, la pretensión de verdad sería borrada de un plumazo, pues, resulta afectada la ambición realista y las anheladas nociones de objetividad e imparcialidad. Sin mencionar, las influencias contextuales o las tendencias individuales que permean la visión del intérprete.

No fue, sino hasta el siglo XIX y principios del XX que la disciplina histórica comenzó a distinguir sus términos y métodos para consolidarse y diferenciarse de las otras

---

<sup>77</sup> La ampliación incluyó testimonios oculares y orales (transcritos o grabados), además de vestigios monumentales, objetos de la vida cotidiana y obras plásticas. Su ingreso como fuentes históricas se debió a la elaboración de métodos críticos de análisis que les otorgaban un aspecto técnico y científico.

<sup>78</sup> J. Le Goff, *El orden de la memoria*, p. 238.

Humanidades. La clasificación de los conceptos del campo histórico, irónicamente, ocasionó la creación de un amplio glosario, que fuera de concretar los objetivos, métodos y funciones de la Historia, motivó su desorden; además, ante la confusión terminológica, propició la formación de verdaderos ejércitos para socavar la disciplina, al mismo tiempo que acérrimos y ciegos defensores de una Historia sin reflexión basada en la autoridad del documento: ambos luchando en una batalla, en la misma trinchera y sin salida.

Sin embargo, estos lastres, justo motivaron al historiador para intensificar sus criterios de validación y crear nuevas metodologías para abordar el campo histórico, de esta forma, el documento no desapareció ni perdió autoridad como elemento material de la Historia pero creó una pauta acerca de la labor del historiador, la manipulación de las fuentes históricas y promovió una consciencia acerca del hecho histórico e incluso del conocimiento que emerge de dicha reconstrucción.

## **LA HISTORIA: TESTIGO DEL TIEMPO**

*No saber cómo acabará todo es lo propio de vivir los acontecimientos.*<sup>79</sup>

La desintegración de los esquemas que unificaban el devenir histórico bajo un fin último y las rupturas de las leyes progresistas de la historia fueron rebasadas por un paradigma de reflexión que permitió, metódicamente, analizar las regularidades y los cambios del curso de la historia, elaborando múltiples modelos explicativos pero no exclusivos y sin subordinar o significar el sentido a presupuestos doctrinales determinados. Aunada a la crítica del documento, la toma de consciencia acerca del hecho histórico permitió distinguir entre acontecimientos cortos y de larga duración, originando nuevos sectores enfocados al aspecto político, social, económico, cultural y a concepciones más complejas como ideologías, mentalidades, imaginarios y dimensiones simbólicas del ser humano.

---

<sup>79</sup> Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. Eduardo Bustos, Barcelona: Paidós/I.C.E-U.A.B., 1989, (Pensamiento Contemporáneo, 5), p. 22.

Estas representaciones conceptualizaron la duración de los acontecimientos en corta, larga o nula y crearon una nueva perspectiva de investigación, reconociendo, expandiendo y enriqueciendo la realidad histórica. A primera vista, además de la mencionada ampliación espacial y temporal, parece que el pasado comienza a complejizarse, pues además de prescindir de un suceso realmente acaecido para escribir una historia, ahora también “una explicación histórica eficaz tiene que reconocer la existencia de lo simbólico en el seno de toda realidad histórica [...], pero también confrontar las representaciones históricas con las realidades que representan”<sup>80</sup>.

El ascenso de este nuevo paradigma de investigación, tomando el pasado como objeto de estudio, despejó un espacio para la reflexión epistemológica y ontológica de la historia. De esta forma, el concepto de historia comenzaba a delinear nociones más completas como: una realidad histórica, con su propia pretensión de verdad, que inauguraba un espacio de experiencia. Empezando por la fundación de una nueva cronología, la historia dejó de ser sólo un cúmulo de sucesos temporalmente alineados para convertirse en un sistema con su propio curso temporal.

La postulación del tiempo y la realidad histórica, además de concebirse como un avance teórico, permitió contemplar a la historia como el testigo del tiempo por antonomasia y se desplegó conceptualmente en: el acontecimiento, es decir, “lo que ha sucedido” (historia); y por otro lado, en los estudios teóricos y filosóficos que incluyen la exposición y la configuración del hecho en una narración, en general, la investigación sobre “lo que ha sucedido” (Historia). Esta distinción, aunque un poco intrincada, exaltó tres planos: el acontecimiento, el hecho y los procesos teóricos sobre ellos; independientemente de la confusión terminológica, ambas nociones acabaron conjuntando el aspecto subjetivo de la historia y lo objetivo de la Historia para engendrar un concepto “englobador, supracientífico, que obligaba a llevar la experiencia moderna de una historia que actúa por sí misma a la reflexión de los hombres que la ejecutan o la padecen”<sup>81</sup>.

Asimismo, bajo la vertiente epistemológica, la historia creaba un campo de experiencia, uno semántico y otro de investigación propio, liberándose de los presupuestos

---

<sup>80</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, pp. 13-14.

<sup>81</sup> Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, trad. e intro Antonio Gómez Ramos, Madrid: Trotta, 2010, p. 46.

que la permeaban anteriormente. Sin embargo, para afirmar la veracidad de sus conocimientos era necesario contemplar las condiciones de posibilidad de las historias, distinguir sus discursos, someterlos a verificación y configurar una realidad que corresponda como referente.

Considerando el camino epistémico que recorría la disciplina, a la par, las reflexiones teóricas y filosóficas interpelaban su tránsito. El primer obstáculo que tuvo que superar o, más bien reformular, fue la pérdida de uno de sus principales fundamentos: el sentido de la historia; puesto que la eliminación de la interpretación teológica, a causa de los estudios críticos que desvanecieron la fe en las escrituras y la ruptura metafísica de la Providencia como arquitecta del plan divino, arrojaba una multiplicidad de acontecimientos y una serie de hechos históricos ausentes de significado e inconexos. La Historia se vio en la misión de rellenar los espacios vacíos formulando hipótesis para desarrollar las conexiones internas de los hechos, retirar las contingencias del decurso histórico y los milagros por medio de la argumentación.

Este proceso de sistematización contenía el objetivo de unificar y organizar el pasado de una forma coherente e inteligible, sin apelar a especulaciones que no fueran verificables metodológicamente, acerca de la dirección, los orígenes o la culminación de los acontecimientos. La Historia, ahora dirigida por la pretensión de verdad y la ambición realista, se enfrentó con el casi infinito arsenal de fuentes históricas en busca de ordenar la serie de eventos sucedidos. Enalteciendo la objetividad, la plausibilidad interna y una supuesta imparcialidad de sus discursos, fundamentó un arte explicativo, a través de la verosimilitud de los acontecimientos contrastados con los testimonios, que generaba unidades de sentido para cada historia, relacionando la verdad y la realidad histórica.

La construcción de una realidad histórica efectiva, conforme a la razón científica, se encumbra como un logro del historiador, pues, él es el encargado de conformar la necesaria unidad de los hechos y demostrar que “todo está conectado con todo, todo se motiva mutuamente, se engendra mutuamente, es ocasionado y engendrado, ocasiona y engendra a su vez”<sup>82</sup>. Puesto que el pasado no es una realidad concreta, sino que se desvela

---

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 55.



paulatinamente con el surgimiento de nuevas huellas e interpretaciones, el historiador adquirió una labor continua que derivó en el desvelamiento del concepto de la progresividad infinita e irreversible de la historia.

La concreción del campo histórico, como una realidad abstracta, posibilitó contemplar a la historia no sólo como una serie de sucesos valiosos o el desarrollo de la humanidad, sino que conceptualizó y estructuró el pasado en cadenas de significados. Este paradigma teórico y terminológico sacó a flote la controversia sobre las causas y efectos de los acontecimientos, derivando nuevamente en una reflexión acerca del tiempo histórico y su movimiento. Así, bajo el presupuesto de un único decurso totalmente interconectado, el concepto de unidad histórica debía explicar la conexión causal y completar los vacíos y silencios de la historia, además se agregaba la tarea de fundamentar el movimiento de los acontecimientos, pues parecía que algunos eran más acelerados que otros.

Debido a que todos y cada uno de los acontecimientos de la historia son únicos y diferentes a la vez, ningún esquema de conexión causal convencional sería proporcional para la realidad histórica; por ello, la primera presunción fue otorgarle cierta autonomía a estos elementos:

El abandono de un nexo causal entendido de modo mecanicista y basado en factores por naturaleza iguales llevaba a despejar un tiempo histórico que era inmanente él mismo a todos los factores y, por ello, en cuanto históricos, los cualificaba a cada uno de modo diferente. [...] Propiamente, cada cosa sometida al cambio lleva en sí la medida de su tiempo; y esta sigue existiendo, aunque no hubiera otra cosa; no hay dos cosas que lleven la misma medida de tiempo... Así pues, (puede decirse con todo atrevimiento) hay en el universo innumerables tiempos a un tiempo.<sup>83</sup>

Las fuerzas que impulsan la historia, consideradas como ideologías o crisis, operan como causas eficientes de los movimientos; sin embargo, no son necesarias ni suficientes para explicar la conexión causal de todos los acontecimientos del decurso histórico, por ello, estas fuerzas transitaron a segundo plano para resaltar el carácter único e irrepetible de los acontecimientos, individualizando sus propias causas y efectos a partir de la construcción de un contexto. Consecuentemente, esto posibilitó distinguir la reconstrucción del pasado bajo el fundamento de un tiempo histórico propio.

---

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 75

“Sólo las estructuras temporales, es decir, las estructuras inmanentes de las conexiones entre los acontecimientos y que se muestran en ellas, pueden articular el espacio de experiencia histórico de forma «inmanente al objeto»<sup>84</sup>; así, ante un tiempo nuevo, la Historia otorgaba individualidad al pasado y abandonaba lo extinto para dirigirse hacia el porvenir con el objetivo de comprender la realidad histórica que, paradójicamente, se reconstruía con el mismo avance del curso de la historia.

Finalmente, los movimientos históricos no integraron ni articularon la multiplicidad de acontecimientos en una unidad única de devenir pero permitieron deducir modalidades conceptuales como: el progreso, la decadencia, la aceleración, el retardamiento, el antes, el después, lo estático y lo permanente; haciéndose visibles en el decurso de la historia y abriendo el intersticio a tres criterios formales de la experiencia: la irreversibilidad, la repetibilidad y la simultaneidad<sup>85</sup>. El proceso de la construcción de una realidad histórica efectiva, por medio de la imbricación de la estructura del espacio y el tiempo, distendió al ser humano en un *espacio de experiencia temporal* no sólo en retrospectiva hacia el pasado histórico, sino también como proyecto rumbo al futuro posible.

## TIEMPO NUEVO

La consciencia histórica opera íntimamente con las concepciones del tiempo y, sólo a través de distinguir un antes y un después, le es posible señalar el límite entre el pasado y el presente, aunque también es necesario agregar una tercera dimensión: el futuro. Primordialmente, la perspectiva temporal del ser humano es de carácter individual; no obstante, por medio de sus experiencias le es posible conceptualizar y habitar múltiples tiempos, cada uno signado con valores diferentes como: el de “la naturaleza”, el religioso, moral, civil, etc. De esta forma, el horizonte se amplía, más allá de su propia vida, al integrar recuerdos de la colectividad que lo circunda.

---

<sup>84</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, España: Paidós, 1993, p. 128.

<sup>85</sup> Cf. “Historia, historias y estructuras formales del tiempo” en R. Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 127-140.

La distinción entre el presente y el pasado es un elemento fundamental para la investigación histórica, ésta debe fundar los límites y constreñir los tiempos para generar programas explicativos certeros y proyecciones ideológicas claras. El tiempo histórico, “que la mayor parte de las veces se expresa bajo la forma del relato,” oscila entre la nostalgia del pasado, la experiencia del presente y las expectativas del futuro, aunque parece que privilegia el pasado “contiene una focalización implícita sobre el presente.”<sup>86</sup> Sin embargo, en algunas ocasiones, el pasado al contrario de producir un sentimiento de devoción, genera rechazo por las tendencias enfocadas a la revolución o la innovación, en general, miradas orientadas al futuro.

Los sentidos del pasado son originados y multiplicados por la consciencia histórica que estructura el tiempo en cronologías históricas y no históricas. De esta manera, los tiempos del pasado se entrecruzan, confluyen y coexisten en una realidad idéntica y diversa a la vez. La consciencia histórica, a partir de una posición o perspectiva de la realidad, genera impresiones del tiempo, las categoriza inteligiblemente y las conjunta con las modalidades de la experiencia de la historia.

La interpretación del pasado, bajo un tiempo irreversible, admite una identidad temporal; pues aunque la realidad de los acontecimientos pasados ya ocurrió, está conectada de forma necesaria con el presente y, debido al inevitable devenir, proyecta el lanzamiento a una realidad abierta, oscura e impredecible. La noción de un tiempo que ha transcurrido definitivamente construye un contexto que señala un antes y un después para cada acontecimiento y, a causa de la progresividad, genera una experiencia de tensión hacia el futuro.

La repetibilidad tipifica los acontecimientos y movimientos con características propias, de forma que cada uno es único y distinto de todos los demás, por ello, el pasado adquiere un sentido totalmente diferente del presente, es una realidad ajena, separada e incluso contrapuesta al presente. Esta idea del pasado presupone algún tipo de identidad o retorno de los acontecimientos, por lo que sólo es adecuada para aquellas ideologías no históricas.

---

<sup>86</sup> Cf. J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 183.

La simultaneidad de lo no simultáneo refiere a estructuras heterogéneas y tiempos plurales, contiene diferentes estratos de tiempo con distintas duraciones y extensiones. Esta interpretación del pasado no puede concebirse en términos lineales de tiempo, sino más bien bajo oscilaciones temporales, ya que es elaborado por medio de las múltiples articulaciones y relaciones que conjuntan la experiencia, la expectativa, el acontecimiento y el hecho.

La Historia, como investigación de las cosas acontecidas, al postular el objetivo de reconstruir el pasado clara y realísticamente, además de configurar discursos que refieran a esa realidad, por medio de documentos, testimonios y huellas actuales que verifiquen o constaten por qué se ha organizado la sucesión de acontecimientos de esa forma y no de otra, necesariamente, debe estructurar el tiempo transcurrido de forma proporcional a cada hecho:

El tiempo histórico existe (en el interior de una experiencia de aceleración en la que se vuelve perceptible la superposición, aun en términos aporéticos y contradictorios, de extensiones diferentes de la duración) como multiverso de elaboraciones «subjetivas» de la relación entre pasado y futuro para responder al problema de un presente en rápida transformación y, precisamente por esto, tendencialmente en fuga. [...] El tiempo histórico es vivido y al mismo tiempo es producido como extensión diacrónica retrospectiva respecto de un contexto de experiencia que registra que está siendo arrastrado hacia un futuro indescifrable.<sup>87</sup>

Por la experiencia de los entrecruces y superposiciones de las dimensiones de la temporalidad que posibilitan las historias: la duración, el cambio y la unicidad<sup>88</sup>; el ser humano es sometido a una sensibilidad dolorosa y trágica de la “fuga del tiempo, este alejarse irremediamente del pasado”<sup>89</sup> revela al tiempo histórico como un prisma que refleja acontecimientos cortos, de larga duración, líneas de cambio y tendencias evolutivas.

La experiencia de la historia, a través de la fragmentación del tiempo, al ser analizada por los baremos de la investigación histórica descubre un matiz de realismo ingenuo, puesto que, a pesar de los estudios críticos de las fuentes, las nociones de imparcialidad y la pretensión de verdad que la impulsa, la realidad histórica que se reconstruye, al ser de carácter subjetiva, parece referirse circularmente a sus propios presupuestos epistémicos. “Por lo regular, la historia y su representación suelen coincidir. Pero para poder interpretar una

---

<sup>87</sup> Sandro Chignola, *Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck*, Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política, No. 37, julio-diciembre, 2007, p. 28.

<sup>88</sup> Cf. *Ibid.*, p. 30.

<sup>89</sup> J. Le Goff, *Pensar la historia*, p. 190.

historia y juzgarla se precisa una separación estricta. «La historia es una cosa, pero la representación de ella es diversa y múltiple.»<sup>90</sup> Aún considerando que la realidad histórica es una unidad única, coherente y sin contradicciones, los discursos seguirían fraccionados por los puntos de vista tanto de los diferentes testigos como de los historiadores. Ya que la multiplicidad y polisemia de los acontecimientos rebasa los esquemas de conexión causal y los modelos que intentan unificar el curso temporal: la historia termina engendrando una verdad histórica, basada en la probabilidad, y orientándose por las perspectivas que contienen no sólo un sentido, sino sentidos que se remiten y se interconectan con otros.

La fundación de una verdad histórica relativa o probable que, aunque pretende la plenitud, sabe que no puede alcanzarla debido a la infinitud de las historias, las fuentes, las interpretaciones y que incluso el curso temporal de la realidad histórica está en constante mutación dependiendo de los tiempos y los espacios, remitió a la distancia temporal como constitutiva para el conocimiento histórico, pues de esta manera, si bien nunca hay una historia inalterable, al menos se apuesta por una investigación y crítica prudente, apoyada por la lejanía y la disipación de la niebla del pasado, para contemplar el acontecimiento y los efectos producidos.

Con el presupuesto perspectivista, que englobaba tanto la distancia temporal para la imparcialidad del conocimiento histórico como la cualidad temporal de la historia, fragmentada en diversos tiempos al mismo tiempo, se comenzó a dibujar lentamente la noción de una experiencia histórica que reflexionaba sobre la propia posición, su acontecer, su devenir, su cambio y su movimiento *con* y *en* el tiempo histórico.

[...] el perspectivismo histórico se había transformado completamente, pasando de ser una categoría histórica a ser una determinación fundamental, procedente de la historia misma, para toda experiencia y toda expectativa. La diferencia temporal entre pasado y futuro ganaba su propia cualidad histórica, que sólo permitía ser juzgada por conocimientos que fueran conscientes de su propia realidad, «temporalidad». [...] Un tiempo del que siempre se espera que sea un tiempo nuevo no puede sino impulsar desde sí una historia que únicamente puede experimentarse de modo perspectivista. Con cada nuevo futuro surgen nuevos pasados.<sup>91</sup>

---

<sup>90</sup> R. Koselleck, *historia/Historia*, p. 115.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 125.

La experiencia histórica del ser humano oscila en un tiempo irreversible que va del recuerdo a la expectativa y la consciencia histórica se distiende entre las dimensiones del pasado y el futuro. La noción de “la simultaneidad de lo no simultáneo” quebranta los sentidos determinados de la historia, disgrega las dimensiones temporales de la realidad histórica y acelera la marcha del tiempo, ocasionando que el pasado se desvanezca más rápido en la lejanía, el presente transite provisoriamente y las expectativas del futuro se integren a la actualidad en cuanto emergen. Esta irrebasable relatividad arroja una experiencia histórica acelerada, discontinua y fracturada por referir a “la permanencia del pasado en desaparición”<sup>92</sup>, los intempestivos cambios y transformaciones del presente e impulsar a un futuro con nuevas figuras, progresos y evoluciones.

Sin importar la ambigüedad de la perspectiva, los sentidos o la actitud que se manifieste individual o colectivamente, ya sea desde alguna doctrina o ideología, la historia debe continuar siendo el testigo del tiempo y cubrir las concepciones temporales: “desde la esperanza en el futuro, tan pobre de experiencias; hasta la investigación del pasado, despojada de expectativas”. La historia como categoría, impresión o enigma, necesita comprender “a la vez la Historia y las historias; el concepto «historia» indica una escala cambiante de posibles experiencias: espacio de acción y proceso, progreso y desarrollo, fundación de sentido y destino, acontecimiento y hecho.”<sup>93</sup> Por último, la historia como todo concepto debe consumirse en la realidad.

### **TERCERA CONSIDERACIÓN: EL PRESENTE SÓLO UN FUTURO PASADO**

*Para mí solo, a mí solo, en mí mismo,  
un corazón, en fuentes del poema,  
entre el vacío y el suceso puro,  
de mi íntima grandeza el eco aguardo,  
cisterna amarga, oscura y resonante,  
¡un hueco en el alma, son siempre futuro!*<sup>94</sup>

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>93</sup> *Cf. Ibid.*, pp. 131 y 150.

<sup>94</sup> Paul Valéry, *El cementerio marino (versión de Javier Sologuren)*, [en línea], Ediciones elaleph.com, 1999, pp. 21 y 22, [Última fecha de consulta: 4 de agosto de 2016], Disponible en: <http://www.sicapacitacion.com/lib/Valery%20Paul%20-%20El%20cementerio%20marino.pdf>

La unificación de los conceptos de historia e Historia conjuntó el matiz tanto de realidad efectiva como el de reflexión activa; si bien, la diferencia es terminológica, coincidieron en el objetivo de comprender el pasado. Así, de la historia vivida a la historia elaborada se engendra un supraconcepto que se desarrolla y realiza en perspectivas que multiplican los sentidos y los tiempos históricos; pues la investigación del pasado, lógicamente, no puede separarse del estudio del presente y el futuro.

Ante el surgimiento del concepto englobador de la historia y los abundantes significados que emanaban; desde su posición teórica, la Hermenéutica acompañó a la Historia en su camino de concreción por medio de fundamentar la relatividad de todos sus términos y nociones bajo el concepto de la historicidad.

Retomando el perspectivismo histórico que multiplica los puntos de vista y la temporalidad de un mismo acontecer, se expone la mirada retrospectiva del ser humano que unifica el tiempo tanto de los hechos históricos como el de su propia experiencia en una misma continuidad. Si bien, el arte explicativo del historiador es el encargado de integrar la dispersión del tiempo en una continuidad coherente, a través de configurar el acontecimiento en un hecho histórico, ordenarlo en una cadena de significados, insertarlo en un contexto que contiene una estructura temporal adecuada y, posteriormente, representar una realidad histórica; este proceso no responde cómo es la que la consciencia, a pesar de la evidente diferencia proporcional, conjunta el pasado vivido y la historia reconstruida.

El instante de la existencia, que percibe la continuidad de la historia y el fluir del tiempo como un río de “ahoras” que se transforman en pasado y transitan hacia el futuro, aumenta la controversia respecto a la fuga del tiempo; sin embargo, justo esta sensación revela a la historicidad, como condición de las historias posibles:

El concepto de historicidad no enuncia algo sobre el modo de ser de una estructura procesual, sino sobre el modo de ser del hombre que está en la historia, que sólo puede ser comprendido a fondo en su ser mismo mediante el concepto de historicidad.

El concepto de instante pertenece a este contexto. No designa un punto temporal históricamente significativo, decisivo, sino el momento en el que se vive la historicidad de la existencia humana.<sup>95</sup>

---

<sup>95</sup> Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca: Sígueme, 2010, (Hermeneia, 34), p. 135.

La consciencia histórica percibe el tránsito del devenir y, a pesar del movimiento y los cambios, permite concebir la continuidad del tiempo y extraer una estructura temporal de los hechos históricos. Contrariamente, cuando se percibe un corte, es decir, una discontinuidad del acontecer, emerge una realidad con un nuevo contenido temporal pero no en el aspecto cuantitativo, sino en el cualitativo. “La discontinuidad se convierte en el criterio primero y decisivo de la experiencia histórica”<sup>96</sup>, pues el acontecimiento que corta la continuidad temporal, además de modificar la percepción del pasado e influir en la apreciación del futuro, se presenta como una diferencia que permanece en la consciencia del ser humano, superando las corrientes del tiempo, los cambios incesantes e incluso el propio olvido. Sin embargo, paradójicamente, esta discontinuidad del acontecer articula un instante con inicio y final que mantiene la garantía del tránsito del tiempo y la misma continuidad de la historia.

Esta diferencia que fractura el espacio de tiempo uniforme, y que separa lo viejo de lo nuevo, implica una experiencia de la realidad de la historia que percibe al pasado como una huella que, sólo por haber acontecido, permanece indeleblemente; debido a esta asimilación rebasa los esquemas historiográficos y no necesita ni requiere una legitimación epistémica, pues disuelve la construcción del devenir “ideal” en uno “real” e intransitado.

La realidad de la historia no se nos da en la actualización cognitiva del pasado ni en el dominio cognitivo del acontecer, sino en la experiencia de nuestro destino. La experiencia que hacemos de que algo ha cambiado, de que todo lo antiguo ha envejecido y aparece algo nuevo, es la experiencia de un tránsito que no garantiza la continuidad, sino que muestra por el contrario una discontinuidad y representa el encuentro con la realidad de la historia.<sup>97</sup>

Sólo por la disolución de un tiempo antiguo es posible percatarse de un tiempo nuevo; asimismo, tanto el conocimiento como la autoconsciencia se efectúan por la posición que se adquiere en el mismo acontecer de la historia. Considerando que no existe una verdad inmutable y que el sentido absoluto, definitivo y último de la totalidad del curso de la historia se escapa a las facultades cognitivas humanas que son limitadas y finitas, sólo mediante la

---

<sup>96</sup> R. Koselleck, *historia/Historia*, p. 130.

<sup>97</sup> H. G. Gadamer, *Verdad y método II*, p. 139.



perspectiva y la capacidad de apartar las caóticas aristas del devenir es posible configurar ese tiempo extinto en una realidad recordada, permanente y verdadera.

La conciencia histórica posibilita la comprensión del pasado ausente que fue y del que transita al presente por las representaciones, comprende los múltiples sentidos del pasado porque permite reconocer la alteridad y la coexistencia de otras realidades históricas, asume la verdad de la historia como reflexión y como acontecer porque ella misma se define y acontece *por, en y con* la historia. Aunque concibe como verdadera la realidad recordada y mantiene distancia de las realidades ajenas, la mayoría de las veces, termina conjuntando ambas realidades.

El sentido del tiempo de la historia es una fortuna de mezcla entre las concepciones de tiempo que estructura la historia como investigación y las múltiples percepciones del tiempo que experimenta el ser humano en el acontecer. El paradigma epistemológico ha intentado establecer a la investigación histórica como el sujeto y al pasado como el objeto de estudio, correlacionándolos en esquemas conceptuales que, a partir de la relación metodológica con las huellas del pasado, reconstruye una realidad histórica inteligible, lógicamente coherente, con sentido, referencia y una verdad verificable. No obstante, apartando por un momento estos presupuestos e intuyendo que “no es la historia la que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella”<sup>98</sup>, se atisba el intersticio a una nueva dimensión, que estaba privada o alterada por las teorías o métodos cognoscitivos, pues la realidad histórica es determinante para la experiencia y no a la inversa.

La conciencia de la realidad presente y la relación que se mantiene con el pasado abre la dimensión a una experiencia histórica de ruptura y pérdida; ambas dan paso a una realidad fantasmal en la que se es parte de la historia pero, de alguna forma, se contempla como ajena o escindida: “se reconoce como algo propio, como algo que formó parte de nosotros siempre pero desapareció de nuestra experiencia [...] Una parte considerable de la experiencia temporal colectiva de nuestro yo se escinde, por decirlo de algún modo, del presente y queda situada fuera o enfrente de nosotros.”<sup>99</sup>

---

<sup>98</sup> H. G. Gadamer, *Verdad y método I*, p. 344.

<sup>99</sup> Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, trad. Nathalie Schwan, México: Universidad Iberoamericana, 2010, p. 392.

La percepción del fugaz tiempo del presente y el alejamiento del pasado ha invitado, en todas las épocas, a establecer o pronosticar el fin último y decisivo de todas las cosas en el futuro. Este tipo de mentalidad se hace presente, debido a la sensación de una fractura con la continuidad por la aparición de cambios radicales que, identificados como crisis, redirigen el movimiento de la historia y aceleran la marcha del tiempo.

Ninguna realidad está aislada y ni ningún tiempo es estático, aunque en la historia prevalecen los movimientos paulatinos, son las discontinuidades las que acentúan la aceleración del ritmo temporal y permiten interiorizar el proceso histórico: puesto que es ajeno pero nos incluye, el pasado que se aleja del presente, cada vez a mayor velocidad, se contempla tanto objetiva como subjetivamente.

Frente a esto es inevitable desarrollar una perspectiva e incluso sentimientos o tendencias acerca del curso de la historia. Ahora bien, considerando que no existen parámetros objetivos para medir el tiempo y que la historia no determina el ritmo, la aceleración o la velocidad de sus movimientos, resulta ineluctable deducir que no hay mejor punto de referencia que la manera en que se experimenta la historia y el modo en el que se vive su movimiento: “la relación personal establecida con el pasado representa el modelo para relacionarnos con él”<sup>100</sup>.

La distancia que se origina por la aceleración entre el presente y el pasado confunde la percepción del pasado con las reconstrucciones del pasado. La representación histórica se manifiesta como la mediación para experimentar la realidad; sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, la representación se toma no como una reconstrucción de la realidad pasada, sino como la viva imagen de esa realidad. El motivo de este error es causado por el sentimiento de la nostalgia restaurativa que, para impedir la experiencia de ruptura o pérdida, elimina la sensación de la distancia temporal a través de representar el pasado añorado como un espacio y un tiempo de plenitud.

Al contrario y paralelamente, la nostalgia reflexiva no pretende reconstruir el pasado ni desconoce la distancia con el presente, sino que consiste en esa misma diferencia temporal, pues la sensación “vertiginosa de la súbita obstrucción de la escisión entre presente y pasado,

---

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 397.

una experiencia en la que el pasado por un breve instante se revela «como es, o fue»<sup>101</sup>, opera como estímulo para sentir y ser consciente de la dolorosa ruptura o pérdida, que conforme el transcurrir del tiempo, ocasiona una distancia cada vez mayor que se incrementa e intensifica.

“La nostalgia y la experiencia tienen en común la experiencia directa del pasado, que no transcurre vía la historiografía codificada o la forma colectiva de traer el pasado. En cambio, la experiencia nostálgica del pasado consiste en gran medida en una experiencia de la diferencia, esto es, de la diferencia insuperable entre el presente y el pasado.”<sup>102</sup> Los tiempos de la historia, sentidos y multiplicados por la experiencia de un ser temporal, están condenados y fundamentados, irónicamente, por esta misma incardinación con el ser humano y su modo de estar en la historia.

---

<sup>101</sup> F. Ankersmit, *Historia y tropología*, p. 404.

<sup>102</sup> F. Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, p. 401.



## CONCLUSIÓN

**[...] EL FIN, INMANENTE A TODO ACONTECER**

*Todos los espacios de los siglos  
destinados a terminar,  
comparados con la eternidad sin fin,  
no son solamente breves, son nada.*

*San Agustín*

## CONCLUSIÓN [...] EL FIN, INMANENTE A TODO ACONTECER

### I

Una investigación que pretende un análisis a la fundamentación temporal de la historia podría concebirse como absurda o interminable. Honestamente, ambas valoraciones son adecuadas, pues las controversias sobre ese elemento esencial de la realidad, aún no tiene una respuesta contundente por parte de las disciplinas, perspectivas y reflexiones filosóficas que han intentado mínimamente aprehender o clarificar al invencible e inexorable enemigo que es el tiempo.

Sin embargo, “la naturaleza del tiempo, enigmática y paradójica a los ojos de los seres humanos, ha movido las mentes y los corazones de los investigadores en los sentidos más diversos, en orden a comprender tal aspecto básico de nuestra experiencia del mundo”<sup>103</sup>; asimismo, la empresa acometida por esta investigación no sostiene una exploración total o determinante para el o los sentidos del tiempo en la historia. Sólo contempla como objetivo, apoyándose en una estructura cronológica, desvelar la experiencia que posibilita la relación del ser humano con el pasado.

El análisis a los conceptos de tiempo implica un rastreo a las interpretaciones que han sistematizado y estratificado las características generales del tiempo. Considerando que en diferentes momentos históricos, se han generado conceptos particulares de tiempo que se encarnan y definen en cierta realidad y que el ser humano es “un ser temporal, que es en el tiempo y también un ser que tiene tiempo”<sup>104</sup>, es evidente subrayar la existencia y elaboración de diversos significados del tiempo con tendencias y objetivos explicativos distintos.

“El término tiempo es utilizado de modo diverso, es decir, vinculado a caracteres distintos para generar así distintos conceptos del mismo”<sup>105</sup>, ya que este término designa una pluralidad de significados y engendra una multiplicidad de estratos discursivos que no se eliminan, sino que se transforman continuamente, cada concepción temporal confiere un

---

<sup>103</sup> Sixto J. Castro, *La trama del tiempo. Una exposición filosófica*, Salamanca: Editorial San Esteban, 2002, p. 11.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>105</sup> *Ibidem.*

significado distinto al transcurrir del tiempo y lo caracteriza, estableciendo en el devenir histórico un presente y múltiples modos de relacionarse con el pasado y el futuro.

De esta forma, y antes de fijar un último atisbo a la controversia del término “tiempo”, resulta necesario realizar dos acotaciones teóricas para tener en cuenta a la Hermenéutica como la metodología de la investigación y hacer notar la relevancia de la noción de Representación para la misma. Como es ostensible, cada capítulo se enfoca a un tema determinado: el sentido escatológico del tiempo desde la visión espiritual de la historia, la ruptura de las concepciones temporales por las crisis históricas y las mentalidades progresistas y la diversificación de los sentidos del tiempo a partir de los aportes científicos y su conjunción con la Filosofía y Teoría de la Historia. Globalmente, la investigación manifiesta el concepto de historia, que integra tanto el acontecer como la investigación del acontecer<sup>106</sup>, para desarrollar los conceptos de sentido, realidad y tiempo histórico; asimismo, la noción de acontecimiento, hecho y experiencia histórica, inherentemente, se incluyen en el análisis y se explicitan los diferentes significados, que denotan en los diferentes momentos históricos, que se presentan en la investigación. Por lo anterior, con el objetivo de no distraer la visión cronológica que se configuraba, las anotaciones teóricas que enmarcan la reflexión se aplazaron a este espacio.

## II

Las grandes guerras y revoluciones del siglo XX trajeron consigo el abandono de dos magnos templos de refugio humano que articulaban el sentido y la realidad: los sistemas religiosos y los paradigmas científicos<sup>107</sup>. A la par y desde la obscuridad, emergió un perfil fracturado:

---

<sup>106</sup> De la misma forma, la presente investigación no profundizó en un esquema explicativo extenuante sobre la distinción de los términos *historia* e *Historia* debido a que es un estudio que se ha abordado en diversas investigaciones e incluso, yo mismo, lo he expuesto en investigaciones previas; por ello, esta distinción se toma como hecha, se consideran sus aportes, y sólo se retoma para guiar el análisis. Cf. A. C. Danto, *Historia y narración*. Barcelona: Paidós/I.C.E-U.A.B., 1989; R. Koselleck, *historia/Historia*, Madrid: Trotta, 2010; F. Ankersmit, *Historia y tropología*, México: Fondo de cultura económica (FCE), 2004; y Raúl Antonio Buendía Chavarría, *Hermenéutica de la reconstrucción. Un modelo analógico-icónico del referente en los relatos históricos*, México:UNAM, 2013.

<sup>107</sup> Evidentemente, esta afirmación es exagerada; pues, ni la ciencia ni la religión se abandonaron por completo.

un ser humano falible y sin certezas inmutables acerca de los métodos y el conocimiento que adquiere por medio de ellos.

Ante esta situación, la Hermenéutica Filosófica estableció como su principal pretensión, la tarea de la comprensión y postuló que, previo a la abstracción, la experiencia del mundo se presenta y que su sentido no se reduce a una simple explicación o a visiones metodológicas o esquemáticas, puesto que, sólo aspira a presentar el mundo antes de representarlo.

La Hermenéutica, apoyándose en el giro lingüístico, adquirió un impulso de universalización y reveló que “la comprensión y la interpretación no aparecen sólo, [...] en manifestaciones vitales fijadas por escrito, sino que afectan a la relación general de los seres humanos entre sí y con el mundo”<sup>108</sup>. De esta forma, las nociones de comprensión, interpretación y texto surgieron, en primera instancia, como fundamento de la disciplina y condición de posibilidad para acceder, indirectamente, a la realidad; en segunda instancia, como remedio y a la vez veneno, ya que su formulación advierte ambigüedad, genera sospecha, fluctuación y, ante todo, poca inocencia.

La presuposición de la interpretación de la realidad, a la que se accede por medio del texto, parece ostentar un terreno seguro; sin embargo, el texto escrito no se libera de algunos obstáculos y problemáticas implícitas en su configuración. En breve: la Hermenéutica al solventar una gama de textos que conmensuren la borrascosa realidad; ha permitido la inconmensurabilidad de discursos que hablan acerca de la ella, creando así, mayor y amplio espectro de interpretaciones de un mismo asunto. Digamos pues, que existe una realidad, quizá desarticulada, oscura, confusa y caótica pero, a través de cada una de sus interpretaciones, se aporta nuevas y distintas perspectivas; sin más, el beneficio es el incremento de experiencias manifestadas en los textos, el maleficio es la distancia, lejanía y prejuicios que proyectan y transmiten al lector; ya que, en última instancia, el receptor o intérprete, además de encontrarse y contar con su tradición, se inserta en un abanico de “realidades” interpretadas. La debilidad de la Hermenéutica está marcada por las distintas y

---

<sup>108</sup> H. G. Gadamer, *Verdad y método II*, p. 319.

múltiples interpretaciones, la polivalencia de las palabras y la equívocidad del sentido, sin embargo, irónicamente, en esa debilidad encuentra su origen y fortaleza.

Ahora bien, teniendo en cuenta la operación subrepticia de la Hermenéutica y la ligera sospecha que genera para la comprensión de la realidad, los métodos del pensamiento histórico deben mantener unidos el aspecto subjetivo y objetivo que conjuntan la investigación y la realidad histórica. “El historiador debe empezar con la idea de su obra como un todo y desarrollar cada parte en relación con ese todo. [...] ése es el caso de una obra de arte; y por lo tanto, es obvio que se debe aplicar a una obra histórica”<sup>109</sup>.

El arte explicativo, que ha desarrollado y concretado la investigación histórica, ha fundamentado su unidad y plausibilidad interna por la integración de las operaciones poéticas. La mutua imbricación de la Poética y la Historia ha conformado una facticidad histórica que, uniendo los estudios críticos y la fantasía productiva del historiador, expone una realidad efectiva que enraíza su verosimilitud en la noción de representación.

El término *Representación* para la Filosofía y la Investigación Histórica ha adquirido una relevancia desde la Hermenéutica y la Teoría de la Historia, respectivamente. De una manera sucinta: etimológica y literalmente, la palabra Representación significa “hacer que algo se haga *presente* de nuevo”<sup>110</sup>, ya sea en el espacio estético, histórico, jurídico, político o social, la noción es la misma y opera haciendo “*presente* algo que ahora está ausente. En consecuencia, la idea de representación está unida de alguna forma a los términos de ‘presencia’ y de ‘ausencia’”<sup>111</sup>.

Desde esta perspectiva, la ambigüedad de esta noción proyecta un metafórico suicidio semántico, pues, implica una confrontación entre la idea de “presencia” y “ausencia”. No es que las dos estén superpuestas, una a la otra, o que se relacionen bajo el concepto aristotélico de fantasma (φάντασμα/*phántasma*): como “la imagen del objeto sensible que existe en la imaginación”, sino que ambas coinciden en la experiencia; por ejemplo, en general, al considerar una representación, la cualidad de su “presencia” es irrevocable, así como la

---

<sup>109</sup> R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, p. 564.

<sup>110</sup> F. Ankersmit, *Representación, ‘presencia’ y experiencia sublime*, Historia y Grafía, núm. 27 (2006), p. 140.

<sup>111</sup> *Ibidem*.



“ausencia” de lo representado pero esto no implica que, lo representado esté totalmente “ausente”, pues, se hace “presente” por medio de su representación.

No obstante, aunque la Representación posea un significado general, consigue diferentes matices y particularidades según el espacio en el que se ubique. Actualmente, la noción de Representación, como muchas otras palabras, conceptos y términos, se ha trasladado a distintos campos de conocimiento, disciplinas y teorías, quizá no en todas ellas ha fructificado o dado los mejores resultados; sin embargo, la Filosofía, específicamente, la Estética y la Hermenéutica han rescatado su significado arraigado en la antigua noción latina de: *Repraesentatio*.

La idea de la hermenéutica, de que el mundo que se nos presenta es más que una representación subjetiva, ha posibilitado una perspectiva para comprender el mundo y para la búsqueda de la verdad. Considerando que el problema de la verdad y su búsqueda es la ontología que subyace a los presupuestos epistemológicos, la Hermenéutica se enfocará a las huellas de la experiencia, pues, aquello que existe sólo se puede alcanzar por medio de ésta; la experiencia es la forma indirecta de acceder a la ontología.

Respecto a lo dicho, el sentido de la experiencia no es reducible a un tipo de verdad o explicación, no se reduce a los métodos de las Ciencias Naturales como la visión metodológica de “si algo puede ser entendido es inteligible” o al esquema Sujeto-Objeto, incluso no tiene la pretensión de mostrar o señalar, sino que sólo aspira a presentar el mundo antes de abstraerlo o representarlo. Esa es la intención de la Hermenéutica: ampliar e ilustrar que la verdad no puede constreñirse a una relación de objetos, pues, antes de estar referidos a un objeto, estamos referidos a un sentido.

A partir de este marco, si existe una experiencia que no reduzca la verdad a una mera correspondencia entre Sujeto-Objeto, la verdad podrá ser encontrada en esa misma experiencia. Es por ello que Hans-Georg Gadamer se enfoca en el modo de ser del juego, éste como pura realización de movimiento, permite el descentramiento del sujeto y desborda la intención de las consciencias individuales, ya que, su finalidad siempre es y no muestra otra cosa que a sí mismo. Esto ocurre porque en el juego, lo individual no corresponde a uno sólo, el sujeto se diluye, se despliega por las relaciones de sentido y define bajo las mismas tendencias del juego.

“El juego se limita realmente a representarse. Su modo de ser es, pues, la autorrepresentación.”<sup>112</sup> De esta forma, el jugador también logra autorrepresentarse representando el juego, pues éste, si bien está completamente cerrado en sí mismo y es independiente de la voluntad de los participantes y espectadores, por ellos mismos, accede a su representación. Ahora bien, ya sea en el carácter lúdico, de competición o cultural, toda representación está dirigida a un espectador, aunque esencialmente no se realice para alguien.

El juego alcanza su perfección cuando gana su idealidad, es decir, su autonomía respecto a los jugadores. Así, el juego como obra de arte y configuración de sentido logra concebirse como una “transformación en construcción”<sup>113</sup>: en donde la *trasformación* refiere a un cambio radical de una cosa a otra muy distinta pero que, finalmente, revela su verdadero ser; y *construcción* porque se hace repetible y permanente, pues, ya no depende de los jugadores. Sin embargo, sigue estando referido a la representación, la cual, como parte constitutiva del ser del arte, se “presenta” y se actualiza en medida que aparece en la experiencia. La estructura de la autorrepresentación es, justo, el “presentarse”. En medida, que efectivamente se actualiza y se lleva a cabo por la experiencia.

El arte implica el concepto de mimesis, pues, a través de la relación mímica lo representado puede aparecer en la representación, sólo que la obra aparece bajo los baremos del que imita. De esta manera, el sentido cognitivo de la mimesis se constituye en el reconocimiento, ya que, “lo que realmente se experimenta en una obra de arte, aquello hacía lo que uno se polariza en ella, es más bien en qué medida es verdadera, esto es, hasta qué punto uno conoce y reconoce en ella algo, y en ese algo a sí mismo. [...] Sólo en su reconocimiento accede lo «conocido» a su verdadero ser y se muestra como lo que es.”<sup>114</sup> El arte, como el horizonte al que siempre pertenecemos, es una configuración de sentido y una forma de situarse y comprenderse en el mundo, pues la experiencia que ofrece trastoca los límites de “lo que es” y los cuestiona; es una experiencia tanto del límite como de la ruptura de ellos.

---

<sup>112</sup> H. G. Gadamer, *Verdad y método I*, p. 151.

<sup>113</sup> Cf. *Ibid.*, p. 154 ss.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 158-159.

La imitación y la representación, en la obra de arte, no se consideran meras copias alejadas de un original, sino que, forman parte del proceso de reconocimiento y ponen de relieve la esencia; aunque por medio de su reproducción se destaque o exagere un aspecto de la obra, ésta sigue refiriendo a un auténtico conocimiento esencial. “Sin la mimesis de la obra, el mundo no estaría ahí tal como está en ella, y sin la reproducción es la obra la que no está. En la representación se cumple así la presencia de lo representado.”<sup>115</sup>

Asimismo, como el modo de ser de la obra de arte, la representación concierne tanto a la imagen original como a su copia; esta última sólo tiene como finalidad referir a la imagen original, es decir, su función es de mediación y su modo de ser es la autosupresión, pues, una vez que alcanza el objetivo de señalar o identificar a la imagen copiada se cancela a sí misma. Al contrario, lo relevante de la imagen es “cómo se representa en ella lo representado”, a saber: una es la imagen de lo representado en un cuadro y otra lo representado en ese cuadro. La imagen de un cuadro, en el sentido estético, adquiere su propio ser como representación, justo, porque no es lo mismo que lo representado. En contraste, con las imágenes efímeras o la copia, la imagen se yergue con un contenido propio, un ser autónomo y “contribuye a la constitución del rango óntico” de lo que representa, pues, aunque lo representado se presente a través de la representación, la forma en cómo accede a ella le confiere un *incremento de ser* con cada representación<sup>116</sup>.

“La imagen –y con ella en conjunto de las artes que no están referidas a su reproducción– es un proceso óntico que no puede por tanto comprenderse adecuadamente como objeto de una conciencia estética, sino que su estructura ontológica es mucho más aprehensible partiendo de fenómenos como el de la *repraesentatio*.<sup>117</sup> Este término, como se anotó y en concreto, significa: hacer que algo esté presente. Siendo así, la imagen se interrelaciona con el original y viceversa porque, paradójicamente, sólo el original adquiere imagen desde su imagen y la imagen no es más que la manifestación del original.

Finalmente, la esencia de la imagen se encuentra entre dos polos opuestos: uno es la *pura referencia a algo* y otro es el *puro estar por otra cosa*<sup>118</sup>; el primero refiere a una

---

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 186.

<sup>116</sup> *Cf. Ibid.*, p. 189.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>118</sup> *Cf. Ibid.*, 202.

representación por semejanza, mientras el segundo corresponde a una representación por sustitución, ambas operaciones no están dissociadas, sino que se conjuntan en un mismo proceso. El objetivo de la imagen no es mostrarse a sí misma, al contrario, intenta mostrar lo que no está presente, primeramente, destacándose y exponiendo su contenido referencial para, posteriormente, actualizar *eso que no es* y apuntar a *eso que no está*, es decir, a lo ausente. Las aportaciones tanto de la Hermenéutica como de la Estética se integraron a la misión de la Historia para poder sostener una elocuencia interna de la realidad histórica y a la par representar múltiples realidades; por esto mismo, “el historiador debería «pintar, y desde luego, pintar sin colores». [...] «En la historia», tienen que «hablar sólo los hechos como en un cuadro [...] La impresión, la consideración y el juicio» tienen que «seguir siendo asunto propio de cada espectador»”<sup>119</sup>

### III

Conceptualmente, una clasificación ha devenido clásica respecto al análisis del tiempo, es aquella que distingue entre un tiempo cuantitativo y un tiempo cualitativo. Esta dicotomía presenta dos conceptos de tiempo, contrarios e inconmensurables entre sí, pues secciona la perspectiva en una realidad medible y en otra no medible, es decir, se trata del tiempo objetivo de la Física y del tiempo subjetivo de la experiencia personal. Dependiendo de la disciplina, el contexto, los intereses, las necesidades y los objetivos epistémicos u ontológicos se decidirá por uno de los conceptos. Sin embargo, aunque coloquialmente se ubiquen en extremos opuestos, basta reflexionar un poco para atisbar que tanto el tiempo cuantitativo contiene características que lo cualifican como la reversibilidad y la propia matematización e inversamente el tiempo cualitativo necesita de la cuantificación para medir la duración de los cambios en los estados de consciencia<sup>120</sup>.

“Cuando hablamos de tiempo englobamos en nuestros discursos experiencias de muy diversa índole, de tal modo que el término «tiempo» se muestra extremadamente esquivo,

<sup>119</sup> R. Koselleck, *historia/Historia*, p. 60.

<sup>120</sup> Cf. Sixto J. Castro, *La trama del tiempo*, p. 19.

dado su carácter análogo”<sup>121</sup>. Igualmente, debido a su polisemia se yergue como una perfecta huella histórica para analizar las experiencias que envuelven al mismo término. “Entre ellas se hallan las que se refieren a la instantaneidad y a la duración, la simultaneidad y la sucesión, al presente, al pasado y al futuro, a la irreversibilidad del flujo temporal.”<sup>122</sup>

En esta investigación, el término tiempo se afianzó a su significado emotivo, vivencial o fenomenológico; que básicamente, es aquel tiempo que refiere a un fenómeno que pertenece a la consciencia, un tiempo interior inconmensurable.

Lo que experimentamos en un momento, se desliza, en el siguiente momento, hacia el pasado. Allí permanece para siempre, de modo irrecuperable, exento de todo cambio e inaccesible a control posterior por cosa alguna que el futuro nos depare; y, sin embargo, queda guardado en nuestra memoria como algo que alguna vez llenó nuestra experiencia como presente inmediato. [...] Nuestro presente se llena con otras experiencias que, en un tiempo anterior, no podíamos anticipar completamente. La experiencia presente, aunque en parte es predecible, contiene muchas características inesperadas y desconocidas previamente. Lo que era incierto es ahora determinado. Las posibilidades que teníamos o anhelábamos, se han convertido ahora en realidades [...]”<sup>123</sup>

Todos los acontecimientos ocurren en el tiempo tanto los externos del mundo como los internos del ser humano y parece que el devenir les otorga un orden arrastrándolos constantemente del presente hacia el pasado y dirigiéndolos al futuro. Este aparente “flujo del tiempo” se funda por la impresión de no poder someter el trascurso temporal; pues irremediamente el tránsito del tiempo es continuo e irreversible, no se puede detener el tiempo y no se puede volver al pasado, sólo queda el irresistible empuje hacia el futuro, totalmente indeterminado, en donde lo único seguro es el advenimiento de lo inevitable: “el fin, inmanente a todo acontecer”<sup>124</sup>.

“El temor a la muerte se trasforma en un temor al tiempo, y el flujo del tiempo aparece como la expresión de fuerzas sobrehumanas de las cuales no hay escape”<sup>125</sup>, este temor puede rastrearse e incluso se ha plasmado iconográficamente a través de la historia<sup>126</sup>. Desde la

---

<sup>121</sup> *Ibidem*.

<sup>122</sup> *Ibid.* p. 20.

<sup>123</sup> Hans Reichenbach, *El sentido del tiempo*, trad. Ana S. de Liberman, México: UNAM, 1959, (Problemas científicos y filosóficos), p. 11.

<sup>124</sup> R. Koselleck, *historia/Historia*, p. 73.

<sup>125</sup> H. Reichenbach, *El sentido del tiempo*, 14

<sup>126</sup> Debido a la existencia de varias investigaciones desde la Filosofía, la Estética y la Historia del Arte que rastrea detalladamente la “evolución” de la personificación del Tiempo no ampliaré este segmento con

figura del Padre-Tiempo en la antigüedad hasta el simbólico reloj del Apocalipsis o del Juicio Final de la era atómica, las representaciones han ido variando para ilustrar “la grandeza abstracta de un principio filosófico y la voracidad de un demonio destructor”<sup>127</sup>, llenándose de complejidad, integrando elementos, acoplando y trasmutando los significados según los tiempos, espacios y mentalidades.

La personificación del Tiempo se muestra como “un destructor, como un revelador o como un poder inexorable y universal que, por un ciclo de procreación y destrucción, origina la continuidad cósmica, nutriendo a la par que matando todo lo existente.”<sup>128</sup> Por antonomasia, *Cronos* (Κρόνος), el más terrible de todos los hijos y rey de los titanes, se encumbra como la máxima representación de la voracidad del tiempo, pues debido a la similitud del vocablo griego *Chrónos* (χρόνος) para designar el tiempo, la figura mitológica de Hesíodo terminó por fusionar ambas concepciones, agregando la característica de la hoz o guadaña y el atributo de separar el cielo (Οὐρανός-Urano) y la tierra (Γῆ-Gea) dando origen al devenir del tiempo que genera el día, la noche y las estaciones.

No obstante, previo a la configuración de los rasgos de destrucción y decadencia, la antigüedad mantenía dos representaciones: el tiempo personificado por *Eón* (αἰών) y su contraparte *Kairós* (καιρός). El primero refiere a un tiempo divino de creación, eterno e inagotable; usualmente, asociado con las religiones místicas y representado por símbolos cíclicos, ya que no tiene principio ni fin. El segundo expresa, en su traducción como *el momento justo*, un instante indeterminado que fractura el trascurso lineal y progresivo del tiempo, altera el equilibrio y modifica, eventualmente, el dictamen del Destino (Ἀνάγκη-*Ananké*).

En la mitología, se personifica como un ser antropomórfico y calvo; para manifestar su fugacidad, se representa como un ser doblemente alado: con un par de alas multicolor en la espalda y otro par en los talones. Porta en la mano derecha un cuchillo y, al final de éste, una balanza inestable que con su mano izquierda desequilibra. En esta imagen subyace el mismo concepto de lo anómalo, rápido y fortuito que es el tiempo, puesto que sólo aquellos

---

ejemplos. Cf. Erwin Panofsky, *Estudios sobre iconología*, trad. Bernardo Fernández, Madrid: Alianza Editorial, 1962.

<sup>127</sup> Sixto J. Castro, *La trama del tiempo*, p. 26.

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 27

que perciben sensiblemente (αἴσθησις-*aisthesis*)<sup>129</sup> podrán verlo y capturarlo del único mechón de cabello que tiene en la cabeza.

Conceptualmente, se equipara con la ocasión, la oportunidad o el momento adecuado. Aristóteles, hablando de la felicidad en la *Ética Nicomaquea*, menciona que la palabra *bien*, así como la palabra *ser*, se emplea de muchos sentidos: “pues se dice en la categoría de sustancia, como Dios y el intelecto; en la de cualidad, las virtudes; en la de cantidad, la justa medida” y respecto al tiempo, la oportunidad<sup>130</sup>. Esta noción no refiere coloquialmente al oportunismo, pues el Kairós refleja y contiene la frónesis (Φρόνησις-*phronesis*)<sup>131</sup>, es decir, la bonhomía de un tiempo en el que los prudentes (φρόνιμος-*phrónimos*)<sup>132</sup> contemplan la situación específica y realizan una deliberación justa respecto al decir y obrar.

Siendo así, el Kairós se caracteriza por ser “el momento breve, instantáneo, decisivo, propicio e irrecuperable que marca un punto crucial en la vida de los seres humanos o en el desarrollo del universo”<sup>133</sup> y debe ir acompañado de la virtud (ἀρετή-*areté*) de la frónesis, pues el prudente es un “ser capaz de deliberar rectamente sobre lo que es bueno y conveniente [...] no en un sentido parcial, [...] sino para vivir bien en general.”<sup>134</sup>

“El Kairós es el tiempo significativo, significado, constituido por episodios con principio y fin, el tiempo de la acción humana, el tiempo vivido”<sup>135</sup> que se manifiesta y pertenece a la consciencia: es la relación consigo mismo, que se distiende en el recuerdo, la espera y se deja arrastrar por el transcurrir. Es un tiempo inconmensurable e irreversible que refleja la intensidad, la heterogeneidad, la irregularidad y la discontinuidad de la experiencia con la realidad. La escisión del ser humano en lo anterior, lo posterior y lo simultáneo, le incita a proyectar acciones futuras, le posibilita percibir la distancia que lo separa del oscuro pasado y le permite sobrevenir en cada nuevo presente que, a su vez, se aleja de sí.

---

<sup>129</sup> Aristóteles, *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*, trad. y notas Julio Pallí Bonet, Madrid: Gredos, 1998, (Biblioteca Clásica Gredos, 89), Libro VI, 1142a, 25-30. Aquí Aristóteles define a la *prudencia* como *percepción sensible*, pues, es una percepción análoga a la del intelecto pero opuesta de acuerdo a su naturaleza y género, ya que, no hay ciencia de ella ni captación de propiedades sensibles.

<sup>130</sup> *Ibid.* Libro I, 1096 a, 25.

<sup>131</sup> *Ibid.* Libro VI, 1140a, 25.

<sup>132</sup> *Ibid.* Libro VI, 1142b, 30

<sup>133</sup> Sixto J. Castro, *La trama del tiempo*, p. 21.

<sup>134</sup> Aristóteles, *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*, Libro VI, 1140a, 25.

<sup>135</sup> Sixto J. Castro, *op. cit.*, p. 143.

El *ahora* tan debilitado por los recuerdos y las expectativas, no sólo es un fugaz transcurrir entre lo que fue y lo que será, sino que es el fundamento de la experiencia del tiempo.



**ANEXO.  
TIEMPO CUMPLIDO PERO NO COMPLETADO**

*No os toca a vosotros saber los tiempos ni las ocasiones  
que el Padre puso en su sola potestad.<sup>136</sup>*

El esquema histórico-teológico de Joaquín de Fiore reveló una visión espiritual de la historia, que además de innovar la exégesis bíblica y estructurar una comprensión del pasado, sobrepasó la misma noción de escatología y el futuro esperado. La perspectiva, aunque sometida a presupuestos teológicos, organizó la historia del mundo, incitó a la renovación espiritual de la iglesia y otorgó sólidas aportaciones que se reflejan desde G. Vico hasta G. W. F. Hegel, e incluso se pueden atisbar en la secularización de la idea del Progreso.

En la actualidad, la Teología de la Historia propicia un campo de confrontación, paradójicamente, entre Teología e Historia; sin embargo, se debe fructificar este entrecruzamiento para comprender la evolución de los métodos historiográficos y analizar la ideología que desarrolla, pues, aunque esté bajo marcos religiosos es posible resaltar sus funciones sociales y su operación en la experiencia temporal del ser humano. El análisis a la concepción espiritual de la historia de J. de Fiore debe ser contextual, ya que, al igual que todos los discursos, tiene un carácter histórico y no podría comprenderse, en justas proporciones, si se le concibe como independiente a su origen. La relevancia de distinguir entre el discurso y su operación, en primera instancia, radica en considerar el devenir histórico y diferenciarlo de la práctica histórica, así como, vislumbrar la naturaleza religiosa de las aportaciones; en segunda instancia, desplegar el imaginario simbólico y el significado que se le concede a la realidad. Pues, finalmente, la interpretación teológica de la historia no sólo implica un acto de fe, sino también profundizar en la experiencia de este mismo acto.

Habitando en la región de Calabria, Italia, y siendo monje de la Orden del Císter, Joaquín de Fiore (1135-1202), por medio del estudio de las correspondencias armónicas entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, formuló la posibilidad de comprender el sentido de la historia que desde la creación (Adán), dirigía a una consumación histórica (Jesucristo) y una culminación en el futuro (Apocalipsis). Sólo a través de la prudente interpretación de las

---

<sup>136</sup> *Hechos*, 1:7

Sagradas Escrituras, y los designios, revelaciones y profecías plasmadas en ellas, podría hallarse la estructura de la historia y el camino de la salvación espiritual; de esta forma, todo lo pasado y todo lo futuro, en esencia: toda la historia del mundo, poseía un significado y una dirección.

Según narran algunas de sus biografías, a la edad de 25 años, Joaquín realizó un viaje de servicio a Constantinopla, finalizando el servicio, abandonó la ciudad y se dirigió a Tierra Santa “en busca de la voluntad de Dios respecto a su vida”. Después de vagar por el desierto de Palestina, pasó la cuaresma meditando en el Monte Tabor<sup>137</sup> y en la víspera de Pascua, como él mismo admite, se le concedió “el conocimiento pleno”<sup>138</sup>. Después de esta revelación, pasó un tiempo como ermitaño y, posteriormente, se ordenó como monje en el convento benedictino de Corazzo, donde llegaría a ser Abad. En el año de 1183 se encerró en clausura para escribir su trilogía: *Liber concordie novi ac veteris Testamenti, Expositio in Apocalypsim, Psalterium decem chordarum*.

Un año después, en 1184, mostrando sus avances, consiguió el permiso del Papa Lucio III para ser liberado de sus deberes administrativos de Abad. En 1189 abandonó Corazzo y, nuevamente, emprendió un viaje a las montañas de Pietralata con la finalidad de vivir como ermitaño, irónicamente, lo siguen muchos otros que deseaban una vida religiosa más estricta. El resultado de esto fue la fundación de la orden de San Juan de Fiore en el monte Nero; en 1196, el Papa Clemente III emite una bula para aprobar la orden y es ratificada por el Papa Inocencio III en 1204. En 1505, 300 años más tarde, la orden terminó por disolverse: algunos se unieron a los cistercienses, otros a los cartujos y algunos más a los dominicos.

Durante el IV Concilio de Letrán (en el año 1215) se condenó a Joaquín por un texto, atribuido a él, en el que se presumía una disertación entre el *Triteísmo* y la doctrina de la

---

<sup>137</sup> Es notable el Monte Tabor porque ahí ocurrió la llamada **Transfiguración de Jesús**: previo a su crucifixión, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan para subir al monte a orar, durante la oración el rostro de Jesús “cambió de aspecto y su ropa se volvió de una blancura fulgurante”. A la par, se le veía conversando con Moisés y Elías. Posteriormente, se formó una nube que cubrió y envolvió a todos; de la nube llegó una voz que decía: “Este es mi hijo, mi elegido; escúchenlo”. Este evento conjunta al Viejo con el Nuevo Testamento, pues además de significar la glorificación de Jesús a través de la modificación de su apariencia, Moisés y Elías representan a la Ley y a Los profetas anteriores, asimismo, se postula a Jesús como el nuevo Moisés que deberá guiar al pueblo de la esclavitud a la Tierra prometida.

<sup>138</sup> D. C. Wets y S. Z. Swartz, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la Historia*, p. 16.

*Trinidad*. Continuando con su figura polémica, en 1255 surgió la controversia acerca del *Evangelio Eterno*, glosado por Gerardo de Borgo San Donnino, en donde se manifestaba, a partir de las obras de Joaquín, conclusiones heréticas y desobediencias básicas en contra de la Iglesia, aludiendo que las obras de Joaquín eran el *Tercer Evangelio*. Finalmente, debido a la gran ambigüedad y peligro que ocasionaban para la estabilidad de la iglesia, las obras de Joaquín de Fiore y sus seguidores, los joaquinistas, fueron apartadas, olvidadas y condenadas pero no de manera oficial.

Respecto a sus obras, existe un libro intitulado: *Liber Figurarum*, el cual, está constituido puramente de ilustraciones, presenta imágenes descriptivas y explicativas relacionadas con las principales ideas que Joaquín plasma en su trilogía. Posiblemente, tuvo una utilidad didáctica para difundir su obra o incluso para impartir clases de Historia. La autoría de este texto no está comprobada pero, suponen que, pudo haberlo producido alguien cercano a él.

Su primer libro: *Liber concordie novi ac veteris Testamenti* otorga estilo y tono a los dos siguientes. En éste, desarrolla su especulación teológica y teleológica del sentido de la historia. Separa el devenir histórico en tres etapas fundamentales, que se relacionan con la Divinidad y su obrar en la historia: la del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; todas ellas sucesivas pero no clausuradas, es decir, no es necesario que termine una etapa para que comience la otra; de ahí que no existan fronteras cronológicas definidas pero sí señaladas por un personaje divino, acontecimiento y periodo (Figura 1).

Considerando que las Sagradas Escrituras son el registro de las evoluciones espirituales y graduales del ser humano realizó una correspondencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento para atribuir que en la primera etapa, iniciada por Adán, regia el Padre a través del Antiguo Testamento; asimismo, en la segunda etapa, contemplando el advenimiento de Jesucristo, gobernaba el Hijo y el Nuevo Testamento. De las coincidencias encontradas en estos dos designios divinos respecto a personas, tipos y acontecimientos, por ejemplo: la existencia de 12 patriarcas hebreos y 12 apóstoles, corresponde cada uno a una etapa específica y prefigura una tercera etapa con personas, acontecimientos y periodos que se desenvolverán en el futuro, antes del final de la historia. Aunque Jesucristo representa el centro de la historia, Joaquín señala que ese periodo debe ser superado para dar lugar a otro

estadio espiritual. Para esta tercera etapa, tomando a san Benito como su iniciador, no existiría un tercer y nuevo Testamento, sino que el Espíritu Santo obraría a través de las órdenes religiosas y revelaría un modo especial de comprender las Sagradas Escrituras por medio del don: *spiritalis intellectus*.

Para manifestar claramente la continuidad de la historia y el devenir del tiempo, conjuntando el pasado con el presente y el futuro, representó el desarrollo histórico en un sistema orgánico a través de un simbolismo biológico; así, utilizando la imagen de un árbol con un tronco que signaba al Padre y de donde surgen dos ramas, una representando a la tradición judía y la otra a la cristiana, se vislumbra como en la etapa del Hijo siguen rumbos separados pero en la tercera etapa ambas se conjuntan para alcanzar un esplendor y florecer (Figura 2).

De la misma forma y bajo la suposición de un simbolismo numérico, Joaquín contempló a los números como la clave para descifrar los secretos cósmicos, pues “los números son una vía para que la mente perciba la realidad según existe en el tiempo y el espacio”; asimismo, “los números son el método por el cual el Intelecto Divino se hace inteligible por *enigmatem* a la comprensión humana”, siendo así, la percepción sensorial conduciría al descubrimiento del mundo pero la contemplación intelectual llevaría a una comprensión más extensa<sup>139</sup>. En consecuencia con este pensamiento simbólico, desarrolló la siguiente correspondencia numerológica:

NÚMERO	SIGNIFICADO
2	Designios divinos. (Antiguo y Nuevo Testamento).
3	Padre, Hijo y Espíritu Santo (Trinidad). <i>Número con carácter espiritual.</i>
4	Representa los elementos, las estaciones y los puntos cardinales. <i>Número con carácter temporal.</i>
5	Suma de los 2 Designios divinos y la Trinidad. (Antiguo y Nuevo Testamento + Padre, Hijo y Espíritu Santo).
7	Suma de lo Espiritual y lo Temporal. (Padre, Hijo y Espíritu Santo + Los 4 elementos, estaciones, etc.)
12	Suma de 2 Designios divinos + 3 miembros de la Trinidad = 5 Relación humana + 7 (Conjunción del carácter Espiritual y Temporal).

<sup>139</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 28 y 29.

A partir de estas nociones, en su texto: *Expositio in Apocalypsim* realizó un desciframiento y una explicación profunda de los símbolos, las visiones y las figuras del *Apocalipsis* de san Juan Evangelista. De esta forma, continuó afirmando el carácter espiritual del número 3 y que el número 4 representaba lo temporal debido a su relación con los 4 elementos de la materia (Fuego, Aire, Agua, Tierra), las 4 estaciones del año (Primavera, Verano, Otoño, Invierno), los 4 puntos cardinales (Norte, Sur, Este, Oeste), los 4 Evangelios y los Tetramorfos (Mateo-Ángel, Marcos-León, Lucas-Toro, Juan-Águila) y los 4 puntos de la Cruz. Así, la suma: 3+4 (lo espiritual y lo temporal) se unen para ofrecer estabilidad a toda la existencia, dando como resultado el número 7 como guía divina en los asuntos del mundo.

J. De Fiore se apoyó en la mención de 7 iglesias, 7 sellos, 7 trompetas, 7 ángeles y la bestia de 7 cabezas en la visión del *Apocalipsis* para refrendar este número e implicar la idea de creación y culminación, pues, al inicio, el mundo fue creado en 7 días y, al final de los tiempos, también se vislumbrará esa cifra. De la misma forma, con la suma 2+3, siendo el 2 los Designios divinos (Antiguo y Nuevo Testamento) y el 3 la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo), consideró que el número 5 se relacionaba íntimamente con el Destino del ser humano debido a la presencia de sus 5 extremidades y 5 sentidos para percibir el mundo.

Finalmente, al sumar 5+7 se obtiene el número 12 que se manifiesta tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento con los 12 Patriarcas y las 12 Tribus de Israel, así como, con los 12 Apóstoles y las 12 puertas de la Nueva Jerusalén.

La especulación respecto al fin de la historia comienza al establecer el inicio de la Tercera Etapa con la apertura del Séptimo Sello y la inauguración del Octavo día de la historia, donde se cumple la promesa de la resurrección de los muertos y que no es más que un estado de descanso sin tiempo (*Sabbath*).

Esta etapa está caracterizada por una nueva vida espiritual de paz y contemplación intelectual, guiada por los monjes según el orden de la llamada: Nueva Jerusalén, la cual, según Joaquín, tendría la forma de Cruz, figurando el cuerpo humano, y rodeada por los Tetramorfos (Figura 3). Cada Oratorio constituyente de la nueva ciudad estaría dispuesto, representado y encomendado a cumplir una misión:

ORATORIO	SÍMBOLOS	PERSONAJE	REPRESENTA
Central	-Nariz -Paloma	María	El gobierno de toda la Ciudad.
Izquierdo	-Mano derecha -León	San Pedro y los Apóstoles	El espíritu del valor de los enfermos y ancianos.
Bajo	-Boca -Toro	San Esteban y los Santos Mártires	El deseo de una mayor disciplina para la contemplación.
Derecho	-Oreja -Ángel	San Pablo y los Doctores de la Iglesia	El espíritu del entendimiento.
Central-Arriba	-Ojo -Águila	San Juan Evangelista y las Vírgenes	La contemplación en clausura.
Central-Bajo	-Pie -Perro	San Juan Bautista y los profetas	El espíritu de devoción.
Central-Más bajo	-Todo el cuerpo -Oveja	Abraham y los Patriarcas	El espíritu del miedo a no salvarse.

Así, en el Octavo día, la tensión escatológica del ser humano terminaría porque el tiempo estaría completado y la historia consumada mas no finalizada. El Destino de la humanidad, según Joaquín, estaría dirigido a la religiosidad pura, en donde todos leerán las Escrituras con “ojos nuevos” y se les revelará en plenitud el plan de Dios<sup>140</sup>.

En último lugar, completando la trilogía, el texto: *Psalterium decem chordarum* representa alegóricamente las tres etapas formuladas por medio de un instrumento musical, similar a la lira, dispuesto con 10 cuerdas. Siendo el Padre, el cuerpo del instrumento; el Hijo, los salmos cantados y la melodía producida tanto por el instrumento como por el canto, es decir, la ejecución de todo el acto, es el Espíritu Santo.

Finalmente, Joaquín de Fiore, heredero de las tradiciones exegéticas, tropológicas, alegóricas y numerológicas de los Padres de la Iglesia, logró fusionar y conjuntar estas tradiciones en un simbolismo único y propio, que puso al servicio de una nueva historia del mundo y revolucionó la concepción histórica, en donde los acontecimientos se desarrollan según tiempo y espacio específico, pues, tienen una dirección, un significado y un sentido, quizá no evidente pero sí subyacente y último.

---

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 40.

La historia de la salvación, desde la perspectiva de Joaquín, sigue un curso progresivo y de evolución espiritual que se manifestará en un último espacio utópico y al completar el Tiempo; de esta forma, la indolente espera se transforma en una activa esperanza de purificación hacia el futuro y la perfección o culminación de la historia.

FIGURAS

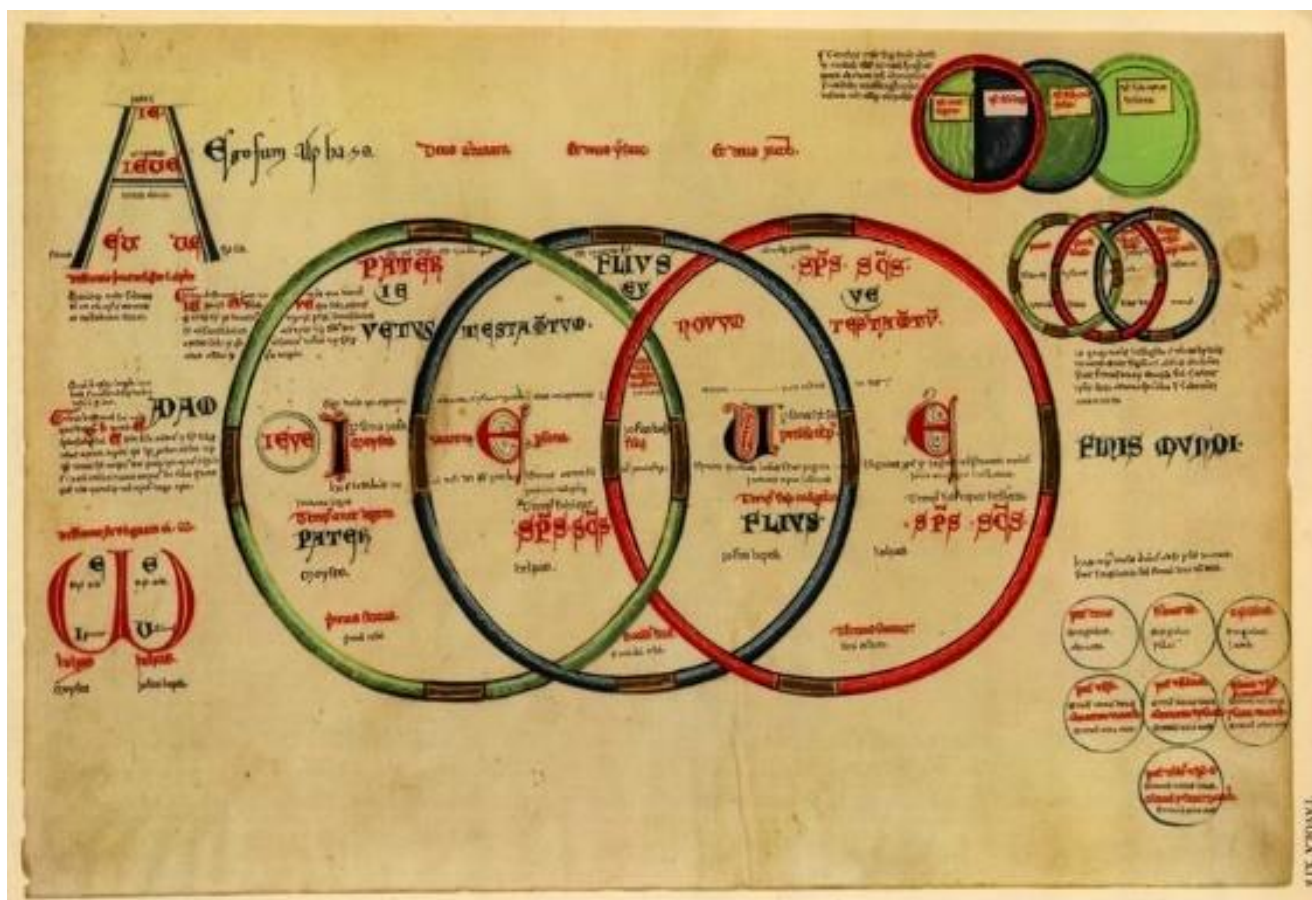


FIGURA 1  
*Los círculos trinitarios*  
Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford



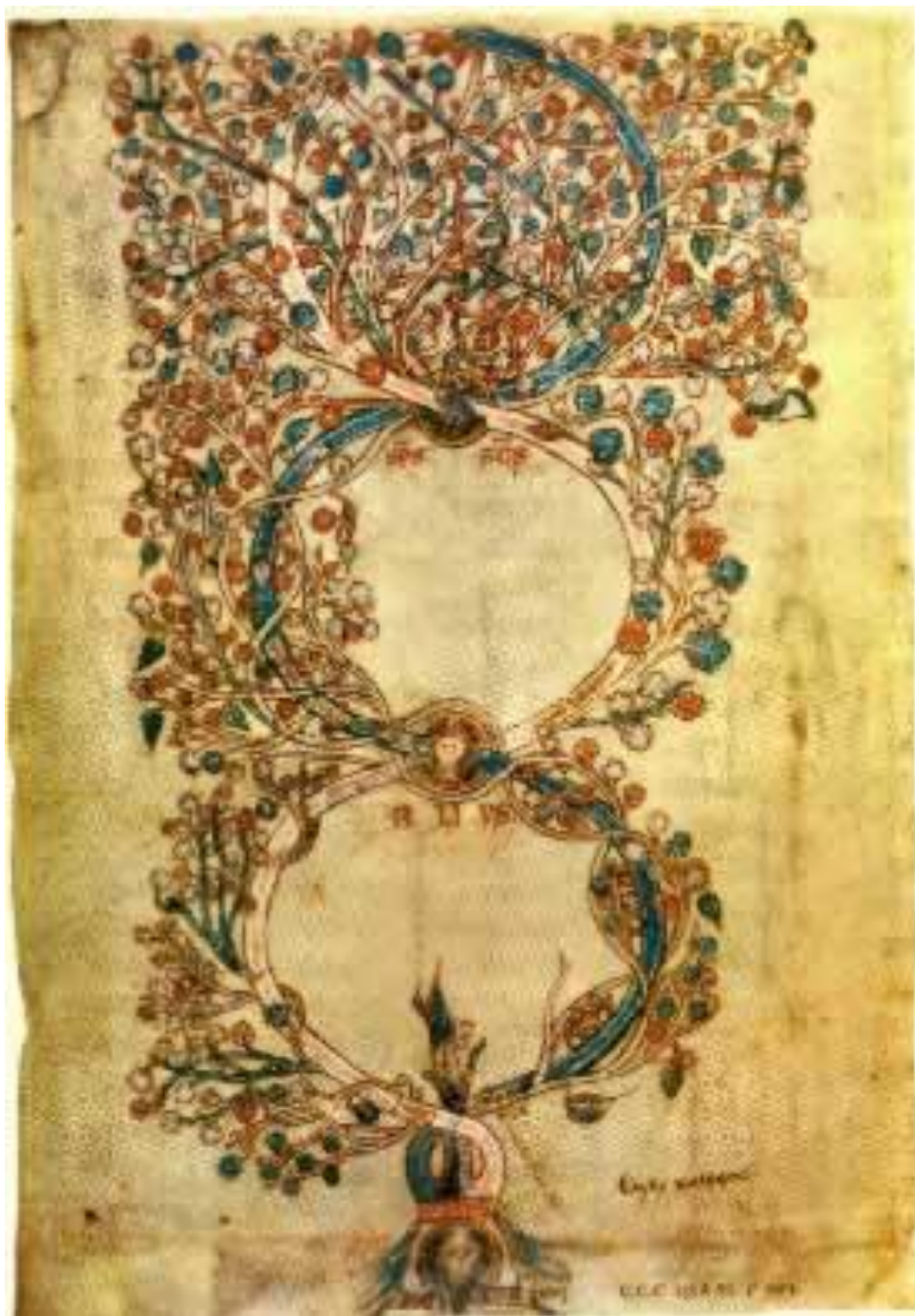


FIGURA 2  
*Círculo del Árbol de la Trinidad*  
Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford

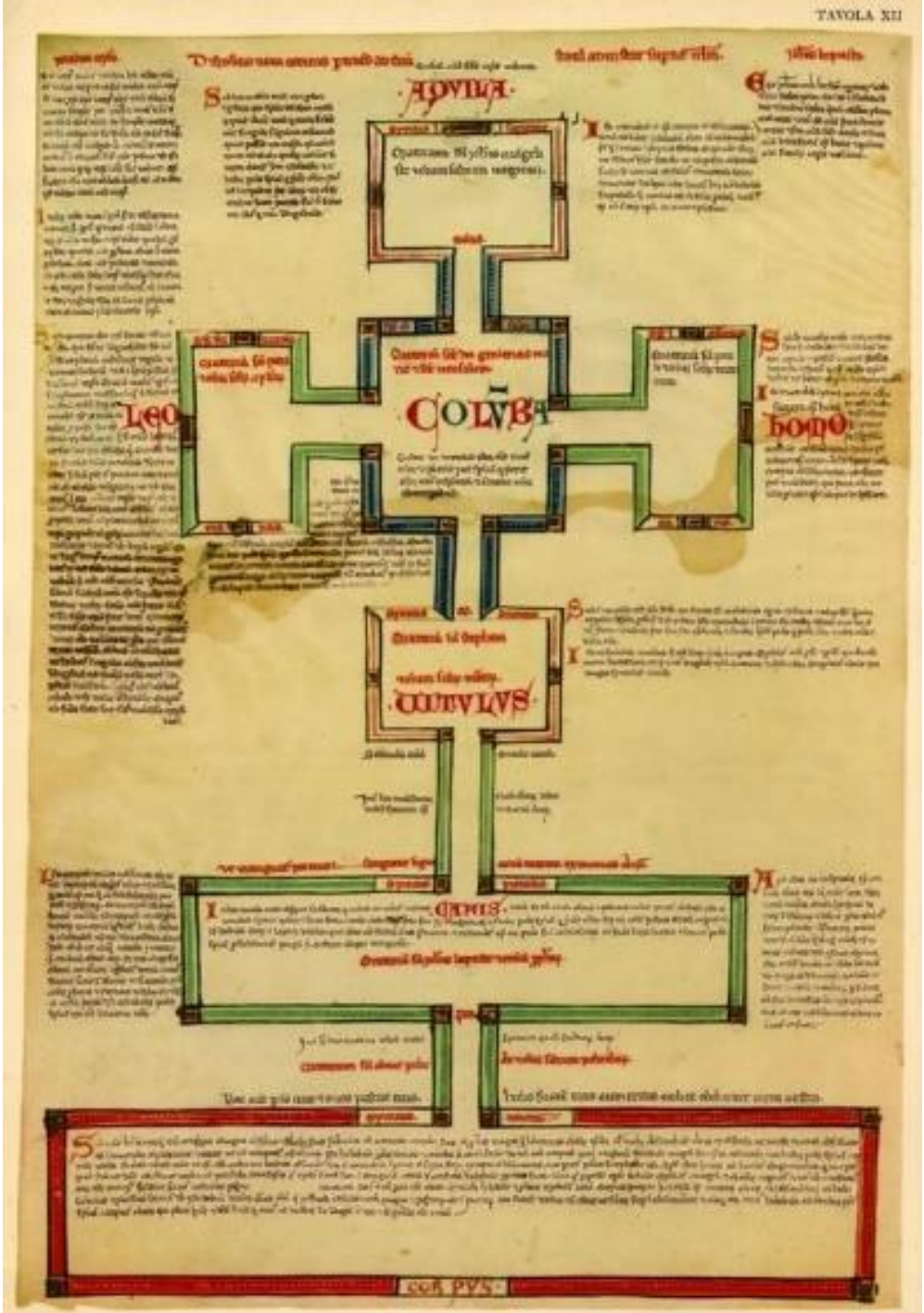


FIGURA 3

Dispositio novi ordinis pertinentens ad tertium statum ad instar superne Jerusalem  
Biblioteca Bodleiana, Universidad de Oxford

## BIBLIOGRAFÍA

**AGUSTÍN** de Hipona, *Confesiones*, intro., trad. y notas Alfredo Encuentra Ortega, España: Gredos, 2010, (Biblioteca Clásica Gredos, 387).

**ANDRÉS**, Ramón, *El mundo en el oído. El nacimiento de la música en la cultura*, Barcelona: Acantilado, 2008.

**ANKERSMIT**, Frank, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, trad. Ricardo Martín Rubio Ruiz, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 516).

-----, *La experiencia histórica sublime*, trad. Nathalie Schwan, México: Universidad Iberoamericana, 2010.

**ARISTÓTELES**, *Ética Nicomaquea-Ética Eudemia*, trad. y notas Julio Pallí Bonet, Madrid: Gredos, 1998, (Biblioteca Clásica Gredos, 89).

**BEUCHOT**, Mauricio y **JEREZ**, José Luis, *Manifiesto del Nuevo Realismo Analógico*, Argentina: Editorial Círculo Hermenéutico, 2013.

**BLOCH**, Marc, *Introducción a la Historia*, trad. Pablo González Casanova y Max Aub, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2010, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 64).

**BURCKHARDT**, Jacob, *Reflexiones sobre la historia universal*, trad. Wenceslao Roces, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1961.

-----, *Sobre las crisis en la historia*, Edición y versión de Felipe Gonzalez Vicen, Madrid: Ediciones Nueva Época, 1946, (Colección ENE).

**CASTRO**, Sixto J., *La trama del tiempo. Una exposición filosófica*, Salamanca: Editorial San Esteban, 2002.

**COLLINGWOOD**, Robin George, *Idea de la historia*, trad. Edmundo O' Gorman y Jorge Hernández Campos, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2011.

**DANTO**, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. Eduardo Bustos, Barcelona: Paidós/I.C.E-U.A.B., 1989, (Pensamiento Contemporáneo, 5).

**GADAMER**, Hans-Georg, *Verdad y método I*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca: Sígueme, 2007, (Hermeneia 7).

-----, *Verdad y método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca: Sígueme, 2010, (Hermeneia, 34).

**JEREZ**, José Luis, *Introducción al realismo analógico*, Argentina: Círculo Hermenéutico, 2015.

**KIRCHER**, Athanasius, *Oedipus Aegyptiacus*, T. II, Cap. I, (Versión facsimilar).

**KOSELLECK**, Reinhart, *historia/Historia*, trad. e intro Antonio Gómez Ramos, Madrid: Trotta, 2010.

-----, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, España: Paidós, 1993.

----- y **GADAMER**, Hans-Georg, *Historia y hermenéutica*, trad. José Luis Villacañas y Faustino Oncina, Barcelona: Paidós/I.C.E-U.A.B., 1997, (Pensamiento Contemporáneo, 43).

**LACOQUE**, André y **RICŒUR**, Paul, *Pensar la biblia. Estudios exegéticos y hermenéuticos*, trad. Antonio Martínez Riu, Barcelona: Herder, 2001.

**LE GOFF**, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, trad. Hugo F. Bauzá, Barcelona: Paidós, 1991.

-----, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, trad. Marta Vasallo, España: Paidós, 2005, (Surcos, 14).

**LÖWITZ**, Karl, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la Filosofía de la Historia*, trad. Norberto Espinosa, Buenos Aires: Katz, 2007.

**OVIDIO**, *Metamorfosis*, trad. Antonio Ruíz de Elvira, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vol. II, 2016.

**PANOFSKY**, Erwin, *Estudios sobre iconología*, trad. Bernardo Fernández, Madrid: Alianza Editorial, 1962.

**POMIAN**, Krzysztof, *Sobre la historia*, trad. Magalí Martínez Soliman, Madrid: Ediciones Cátedra, 2007.

**PORFIRIO**, *Vida de Pitágoras, Argonáuticas órficas, Himnos órficos*, intro., trad. y notas Miguel Periago Lorente, España: Gredos, 1987, (Biblioteca Clásica Gredos, 104).

**REICHENBACH**, Hans, *El sentido del tiempo*, trad. Ana S. de Liberman, México: UNAM, 1959, (Problemas científicos y filosóficos).

**RICŒUR**, Paul, *Finitud y culpabilidad*, trad. Cristina de Peretti, Julio Díaz Galán y Carolina Meloni, España: Editorial Trotta, 2011.

-----, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, trad. Agustín Neira, México: Siglo XXI, 2009.

**VICO**, Giambattista, *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, trad. José Carner, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2006.

**WETS**, Delno C. y **ZIMDARS-SWARTZ**, Sandra, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la Historia*, trad. Federico Patan, México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1986.

### **REVISTAS**

**ANKERMIT**, Frank, *Representación, 'presencia' y experiencia sublime*, Historia y Grafía, núm. 27 (2006).

**CHIGNOLA**, Sandro, *Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck*, Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política, No. 37, julio-diciembre, 2007.

**DURAND**, Gilbert, *La mitocrítica paso a paso*, trad. Blanca Solares, Acta Sociológica no. 57, Lo imaginario. Centro de estudios sociológicos de la FCPyS. UNAM, enero-abril, 2012.

**SOLARES**, Blanca, *Gilbert Durand, imagen y símbolo o hacia un nuevo espíritu antropológico*, Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Vol. LVI, núm. 211, enero-abril, 2011.

### **PÁGINAS DE INTERNET**

**VALÉRY**, Paul, *El cementerio marino (versión de Javier Sologuren)*, [en línea], Ediciones elaleph.com, 1999, pp. 21 y 22, [Última fecha de consulta: 4 de agosto de 2016], Disponible en:  
<http://www.sicapacitacion.com/lib/Valery%20Paul%20%20El%20cementerio%20marino.pdf>